

NÚMERO 25 / MARZO - ABRIL 2025

TACHES Y TACHONES

REVISTA BIMESTRAL DE LITERATURA, ARTES
Y ALGO MÁS



WWW.TACHESYTACHONES.COM

REVISTA GRATUITA

TACHES Y TACHONES

DIRECTOR

Rodolfo O.

DIRECTORA EDITORIAL

Patricia Castillejos

CONSEJO EDITORIAL

Laura Pérez Martínez
Angelina Rivas Avila
Mónica Teresa Müller
Alejandro Ordóñez

COLABORADORES

Alejandro Martínez
Ítalo Mario Ruas Arias
Ana Lourdes Ross Aguilar
Marilú Ricalde
Álvaro Sánchez Ortíz
Jorge Milone
Felipe Nuñez
Tito Peley
Antonio Di Bianco
María Margarita Medina Carrillo
Jota Jota Conus
Jorge Etcheverry Arcaya
Eduardo Antonio Parra

DISEÑO

Taches y Tachones

PORTADA

Alejandro Martínez

Derechos reservados.
taches y tachones

Editorial

Que no nos roben la esperanza

Tiempos inciertos, días aciagos los que nos han tocado vivir, de pronto la soberbia delirante, la prepotencia, la ambición de unos cuantos adquiere grados de locura y se declaran la guerra... comercial, mientras uno se pregunta en qué terminará este sainete porque las condiciones geopolíticas que prevalecen nos hacen recordar los prolegómenos de la Segunda Guerra Mundial, cuando un reducido grupo de tiranos provocó la tragedia más cruenta de la que se tenga memoria. Hoy, como ayer, los gobernantes de los países que deberían poner un alto a la soberbia tiemblan ante las amenazas y se someten temerosos, prevalece la ley de la selva.

Mientras esto acontece vemos -impotentes- cómo mediante la ruptura del orden establecido pretenden apropiarse de los recursos y hasta de los territorios que nos pertenecen sin que nosotros, simples ciudadanos, podamos hacer algo. La incertidumbre crece y con ella la angustia y la ansiedad alcanzan grados patológicos. ¿Qué hacer en este impasse? ¿Cómo recuperar la calma? Tal vez suene descabellado, pero podría ser que la literatura y las artes contribuyan a devolvernos algunos minutos de tranquilidad y de sosiego. Claro, lo han afirmado los poetas: "Una canción jamás podrá parar la guerra", pero un poco de música, la lectura de un poema, o la contemplación de una obra de arte tal vez nos permitan aguardar a que el mundo recupere la cordura o al menos recuerde lo que dijera Serrat: "Padre, deje usted de llorar, que nos han declarado la guerra".

Abrieron La Caja de Pandora, sobre la superficie del planeta se esparcen los males y las desgracias de la humanidad: la locura, el vicio, la pasión, el crimen y la tristeza bailan y se dan la mano, pero no olvidemos que perdida en el fondo oscuro de la caja se encuentra la esperanza y podrán quitarnos todo, todo menos eso... la esperanza.


TABLA DE CONTENIDO

pg.	Una ventana al mundo (poesía y cuento)
01	Monstruo / Felipe Núñez
02	Haikus entrelazados para Palestina/ Felipe Núñez
03	Hoy se come bien en casa / Tito Peley
05	Que sean ojos nuevos / Antonio Di Blanco
07	El ahuete y la niña / Maria Margarita Medina Carrillo
09	El vértigo de lo eterno / Maria Margarita Medina Carrillo
11.	Conexión final / Maria Margarita Medina Carrillo
13	Dos en la tormenta / Jorge Milone
16	Caprichitos/Jota jota Conus.
18	Llorente / Jota Jota conus
23	El niño más cochino de la tierra / Jota Jota Conus
23	Que en paz descansen / Jota Jota Conus
25	La carne es débil / Álvaro Sánchez Ortíz
29.	Homúnculo / Jorge Etcheverry Arcaya
	Hablemos de Libros (reseñas)
32.	Recorrido literario por el norte / Eduardo Antonio Parra
34	La trenza/ Marilu Ricalde
	El séptimo arte "Celuloide en llamas"
36	La sombra más allá de la razón / Italo Rúas
	El mundo y el arte
39	Los borrachos o el triunfo de Baco (Velázquez) / Ana Lourdes Ross Aguilar

MONSTRUO

por Felipe Núñez

Corre un río
de concreto,
asfalto y tezontle.
Algo dejó destrozado
el cuerpo de esa montaña,
...desangrándose ...



HAIKUS ENTRELAZADOS PARA PALESTINA

por Felipe Núñez

Cielo encendido,
la antorcha del ocaso.

Gritan de dolor
niños y edificios por igual.

Las viudas orfandadas
rezan sobre sus pedazos.

El acero fundido es el nuevo maná.

Felipe Núñez

Estudió en la Universidad Autónoma Chapingo.

Trabaja temas de medio ambiente, sistemas sociales y desarrollo rural. Siempre ha sido un indio remiso, ama "Les Fleurs du Mal" de Baudelaire e "Illuminations" de Rimbaud. Regresa una y otra vez a la poesía de Villaurrutia y de Gorostiza. Nunca deja de pensar en la narrativa de José Emilio Pacheco, José Agustín y Parménides García Saldaña, y tampoco termina de "alucinarse" con la poética resistente, hambrienta y a contra-corriente, de los Rupestres. Ama las máximas infrarrealistas de Mario Santiago Papasquiaro, además del curado de nuez.

HOY SE COME BIEN EN CASA. LA HIPOTENUSA DE LA IGNORANCIA

por Tito Peley

I

Un cuaderno de 10 años,
totalmente vacío,
metido en una caja,
haciendo nada,
como yo.

Bueno, por lo menos yo tengo historias,
vi el Halley en el 86,
el eclipse total del 98,
me enamoré,
se murió,
me enamoré otra vez
me decepcioné,
me volví a enamorar,
me casé.

Él solo tiene renglones sin contenido,
donde se supone debía reposar
alguna clase de conocimiento,
así sea la tierra plana.

Y sólo es la evidencia de alguien
que fue al colegio a bailar y cantar
reguetón. Tampoco es que se pueda hacer
mucho cuando por ser pobre te dan una
pobre educación en un pobre sistema
educativo.

Cosas de países bananeros
que tienen todo mal distribuido:
los de arriba gordos
y los de abajo felices
con sus bolsas de gorgojos.

El código está hackeado,
espacio vacío,
rayita por arriba,
rayita por abajo.
¿Aún no lo entiendes?

Esa es la puerta por donde pasan las ovejas.
Y pensar que esto empieza contigo
diciendo: "Mi mamá me mima" mientras te
dan de coscorrónes.
Un día de estos me iré
dejaré por ahí el cuaderno con mis
garabatos y el que una vez estuvo vacío
Dirá que lo que tiene es de él.
¡Ya saben la hipotenusa!

Tito Peley

Es un poeta venezolano autodidacta, nacido en Maracaibo, cuya pasión por la escritura se despertó en su infancia, inspirada por la visita a la casa natal de Andrés Eloy Blanco y el regalo de un libro de poemas. Su verdadero impulso poético vino de la mano del señor Isaías González, un maestro de las décimas, que lo motivó a crear sus propios versos.

En 2020, Tito publicó su primer poemario, «Poesía de un hombre común, el mundo según un poeta hecho en casa», reflejando su visión personal y autodidacta de la poesía. Se identifica como un "poeta hecho en casa" (UPHEC), compartiendo su proceso creativo con sus lectores.

REAL DE SAN MIGUELITO ARCÁNGEL

NOVELA ANTI HISTORICA

Navegando siempre hacia Occidente, desafiando todos los peligros existentes, el valiente, el temerario, el heroico Cristóbal Colón llegó a las Indias. ¡Bendito Dios!

La novela nos retrata la vida en la Nueva España y las travesías del Nuevo Mejiico a España, una vez consumada la conquista, nos guía a través de los defectos y virtudes de lo que estamos hechos los seres humanos: la codicia, el odio, el engaño, el honor, la lealtad, el erotismo, el amor, la vida, la muerte, los héroes, los villanos, al final todos mortales; patrones que se repiten desde los tiempos más remotos hasta nuestro días, historias, leyendas, anécdotas, cuentos que se transmiten de generación en generación a través de los abuelos, de los tatas, de los patriarcas, de los jefes del pueblo, de padres a hijos, que dan origen a los pueblos, a las culturas.

“pueblo aguerrido acostumbrado a defender sus derechos con uñas y dientes, donde sin distinción de sexo se lucha a muerte antes que dejarse vencer”

Fue George Orwell el que alguna vez diría “la historia la escriben los vencedores”. De Real de San Miguelito Arcángel, novela antihistórica ¿Quiénes son los vencedores? ¿Quiénes son los vencidos? Los conquistadores, los conquistados, Malitzín, Malinche, El capitán Santiago de Benavente, la tribu perdida, los españoles, la nueva raza mestiza, Don João Costa, Cristóbal Colón, el Rey Carlos, Moctezuma, la Reina de Portugal, Doña Jimena, Don Jacob, los tatas, El Duque de Gandía, el Papa Clemente VII, la santa iglesia, la santa inquisición.... Personas reales, personas ficticias que viven la esencia humana, que crean la historia y la hacen nuestra.

Real de San Miguelito Arcángel nos envuelve con el aroma del chocolatl, el sonido alegre de panhuéhuets y chirimías, el horror del ruido generado por los cuerpos humanos rodando por las escalinatas después de los sacrificios humanos, la tensa calma chicha en medio del mar, los lujosos y ostentosos palacios, las selvas, los puertos, los navíos, las minas, el brillo del oro, al final siempre el oro.

“Entró a la catedral de San Miguel Arcángel, se estremeció al conocer la historia de la tribu perdida y ver de cerca las facciones de esos indígenas inmortalizados en el monumento a los fundadores, están ahí los niños, mujeres, ancianos y hombres jóvenes, cuyos rostros reflejan el miedo y la esperanza propia de los que ignoran si van en busca de la libertad o de la muerte”

Jose Luis Pérez León

EN VENTA POR AMAZON.COM

amazon.com



"Que sean ojos nuevos"

Un viaje poético entre emociones universales e introspecciones personales

"Que sean ojos nuevos" de Antonio di Bianco no es sólo una colección de poemas: es una obra que invita al lector a explorar las profundidades del alma humana a través de versos impregnados de emociones, reflexiones e imágenes vívidas. Esta colección es un homenaje al amor, a la libertad, a la resiliencia y a la belleza de las experiencias cotidianas que moldean nuestra identidad.

La colección se desarrolla como un mosaico de composiciones, cada una representando una pieza de un diseño más amplio. Antonio di Bianco guía al lector a través de una gama de temas que van desde el amor romántico hasta los desafíos de la existencia; desde la observación del mundo exterior hasta la introspección más profunda. Cada poema es un microcosmos que captura un momento, un sentimiento o un pensamiento, permitiendo al lector sumergirse en una dimensión rica en significados y sugerencias.

El estilo se caracteriza por un equilibrio entre simplicidad y profundidad. Sus palabras son elegidas con cuidado; cada verso está construido para evocar imágenes y sensaciones vívidas, pero sin resultar artificioso. Esta inmediatez permite que los poemas sean accesibles, manteniendo al mismo tiempo una complejidad que se revela con cada relectura. Antonio escribe con un lenguaje que trasciende fronteras culturales y lingüísticas, haciendo que su trabajo sea apreciado a nivel internacional.



Uno de los temas centrales de "Que sean ojos nuevos" es el amor, en todas sus facetas: el amor romántico, el amor por la vida y por uno mismo, e incluso el amor doloroso que lleva al crecimiento personal. Cada poema sobre el amor es un fragmento de verdad universal que resuena con cualquiera que haya experimentado este sentimiento.

Otro tema clave es la libertad. Antonio explora la libertad como un concepto filosófico, pero también como una experiencia cotidiana: la libertad de ser uno mismo, de elegir su propio camino y de abrazar la vida con todas sus contradicciones. Este tema emerge con particular fuerza en las composiciones que hablan de cambio y crecimiento personal.

Finalmente, la introspección es un hilo conductor que conecta toda la colección. Antonio invita al lector a mirarse por dentro, a explorar sus emociones y a encontrar belleza y significado incluso en los momentos difíciles. Los poemas se convierten en un espejo en el que el lector puede reconocerse, encontrar consuelo e inspiración.

Antonio di Bianco es un autor polifacético, con una experiencia artística que atraviesa fronteras geográficas y culturales. Sus poemas han sido traducidos a varios idiomas, incluidos inglés, español, portugués, catalán, ucraniano y francés. Esta dimensión internacional es evidente en la colección, que se enriquece con influencias culturales y estilísticas de diversos contextos.

La fuerza de "Que sean ojos nuevos" radica en su capacidad para hablar tanto al corazón como a la mente. El autor utiliza metáforas evocadoras e imágenes poéticas para capturar las emociones más profundas, pero al mismo tiempo sus versos están impregnados de reflexiones filosóficas y puntos de vista que estimulan al lector a cuestionarse sobre el significado de la vida, del amor y de su propia identidad. Algunos poemas parecen evocar sonidos, colores y aromas, transformando la lectura en un viaje sensorial. Esta cualidad se ve amplificada por la musicalidad de sus versos, que hace que cada composición sea una melodía única. El título mismo de la colección es una invitación a cambiar de perspectiva, a ver el mundo y a las personas con ojos nuevos. Antonio nos desafía a superar los prejuicios, a descubrir la belleza oculta en las cosas simples y a encontrar significado incluso en los momentos de oscuridad. Este mensaje es particularmente relevante en una época en la que a menudo se da prioridad a la apariencia sobre la sustancia.

"Que sean ojos nuevos" es una colección que se dirige a un público amplio, pero que ofrece una experiencia única a cada lector. Esta versatilidad convierte al libro en un compañero de viaje que puede releerse múltiples veces, revelando siempre nuevos significados.

Esta colección combina arte, introspección y universalidad, convirtiéndola en una obra imprescindible para quienes aman la poesía. Este libro no es solo una lectura: es una experiencia.

Una obra que invita a detenerse, reflexionar y redescubrir la belleza del mundo y de las emociones humanas. "Que sean ojos nuevos", disponible en Amazon en todos los formatos y en siete idiomas, a un precio súper accesible.



EL AHUEHUETE Y LA NIÑA

por María Margarita Medina Carrillo.

En un rincón olvidado del mundo, donde el viento cantaba historias y el río susurraba secretos, un ahuehuete majestuoso se erguía como un guardián del bosque. Su tronco era sólido como una montaña y sus ramas se extendían hacia el cielo, abrazando el horizonte. Era un árbol viejo, con raíces profundas que tocaban el alma de la tierra y una sombra que cobijaba todo lo que buscara refugio.

Una noche, el bosque le trajo un regalo inesperado: un bebé. Bajo la luz de la luna, el ahuehuete vio a la pequeña, envuelta en una manta delgada, llorando con un sonido suave como el susurro de una hoja al caer.

—¿Quién te ha dejado aquí, pequeña? —murmuró el ahuehuete, aunque sabía que no obtendría respuesta.

Conmovido, extendió sus ramas hacia el cielo y recogió gotas de rocío en sus hojas. Una a una, las llevó hasta los labios resecaos de la bebé, que bebió con avidez. Al amanecer, pidió ayuda al bosque. Los pájaros trajeron semillas, las ardillas dejaron frutos y el río ofreció su agua más pura.

—Te cuidaré, pequeña —prometió el ahuehuete, y desde ese día se convirtió en su protector.

Los años pasaron. La niña creció entre las raíces del árbol, aprendiendo a gatear, caminar y reír bajo su sombra. De pequeña, jugaba con las hojas que el viento le regalaba, trepaba por su tronco y se balanceaba en sus ramas. El ahuehuete la observaba en silencio, llenándose de orgullo y alegría.

—¿Por qué me cuidas tanto? —le preguntó una vez, mientras se recostaba contra su tronco.

—Porque tú eres mi rocío de la mañana y mi luz al atardecer —respondió el árbol con ternura.

La niña siguió creciendo. Con el tiempo, dejó de ser niña y se convirtió en una joven llena de sueños. Pero nunca dejó de volver al ahuehuete. Allí encontraba consuelo, inspiración y el amor incondicional que solo su viejo amigo podía darle. Sin embargo, un día notó algo distinto. Las hojas del árbol, antes vibrantes, empezaron a secarse. Su corteza, que siempre había sido firme, ahora mostraba grietas profundas. Las ramas que se alzaban al cielo parecían cansadas y se inclinaban hacia la tierra.

—¿Qué te está pasando? —le preguntó con preocupación, acariciando sus raíces.

—Estoy envejeciendo, pequeña —susurró el ahuehuete con la voz débil de quien lleva siglos viendo pasar el tiempo—. Mi fuerza se está agotando.

El corazón de la joven se rompió al escuchar estas palabras. Durante tanto tiempo, el ahuehuete había sido su refugio, su hogar, su familia. Ahora, verlo deteriorarse llenaba su alma de una tristeza profunda.

Desde entonces, se dedicó a cuidarlo con la misma devoción con la que él la había cuidado a ella. Cada mañana, regaba sus raíces con agua fresca. Apartaba las hojas secas y arrancaba las malas hierbas que crecían a su alrededor. Por las noches, se sentaba bajo sus ramas y le hablaba como cuando era niña, intentando devolverle algo del consuelo que él siempre le había dado.

—No quiero perderte —le dijo un día, con lágrimas en los ojos.

—No me perderás, pequeña —respondió el árbol con suavidad—. Todo lo que fui para ti seguirá vivo en tu corazón.

Una tarde, cuando el sol teñía el cielo de un naranja suave, el ahuehuete habló por última vez.

—Gracias por cuidarme, pequeña. Me has dado más de lo que podría haber imaginado. Ahora, es hora de que descanse.

Y así, el gran árbol dejó de moverse. Sus hojas cayeron suavemente al suelo como un último suspiro, y sus ramas se inmovilizaron bajo el peso del tiempo. La joven, rota de dolor, se arrodilló junto a sus raíces y lo abrazó con todas sus fuerzas, como si pudiera retenerlo un poco más.

Durante días, permaneció junto a él, llorando por su pérdida. El vacío que dejó era profundo, como si una parte de ella también se hubiera marchitado. Pero un día, mientras apartaba las últimas hojas caídas, encontró una pequeña semilla junto a sus raíces.

Con manos temblorosas, plantó la semilla cerca, cubriéndola con tierra y lágrimas.

—Prometo que cuidaré de ti, como tú cuidaste de mí —susurró al brote que pronto comenzó a crecer.

Y aunque el ahuehuete ya no estaba, su sombra vivía en su memoria, en el bosque, y en el pequeño retoño que ahora cuidaba con todo su corazón. Su amor y protección nunca desaparecieron; se transformaron en raíces, ramas y hojas nuevas, llevando su legado hacia el futuro.



" EL VÉRTIGO DEL ETERNO "

por Maria Margarita Medina Carrillo.

Elías había pasado toda su vida huyendo de la muerte. Desde pequeño, la idea de su propia finitud lo paralizaba. No era un miedo pasajero, sino un pánico visceral, como si pudiera sentir las garras invisibles de la muerte rozándole la nuca en cada respiración. Soñaba constantemente con un abismo negro que lo absorbía, con un frío que se colaba entre sus huesos y apagaba la luz de su mente.

El miedo lo consumía en cada pequeño acto. Cuando comía, imaginaba que la comida podía ahogarlo. Si caminaba por las calles, cada sombra se volvía una amenaza. Por las noches, se aferraba a su pecho, temiendo que su corazón pudiera detenerse de repente. Sentía que el mundo entero era un campo minado, y él un intruso intentando sortearlo sin explotar.

Había leído todo lo que podía sobre enfermedades, accidentes y longevidad, pero en lugar de tranquilizarlo, cada nuevo conocimiento lo hundía más en el horror. Veía su cuerpo como una máquina frágil, lista para fallar, y al universo como un inmenso mecanismo indiferente que podía aplastarlo en cualquier momento. La muerte no era solo un evento lejano para Elías; era una presencia constante, una figura oscura que habitaba cada rincón de su mente. La imaginaba como un monstruo deforme y hambriento, esperando en las esquinas de su existencia para devorarlo. Y lo peor no era el acto de morir, sino el después: la idea de un vacío eterno, de desaparecer para siempre en un silencio absoluto, le provocaba ataques de pánico que lo dejaban sudando y temblando en la oscuridad.

Había noches en que sentía que su cuerpo se desintegraba mientras dormía, como si la muerte

estuviera ensayando su llegada. Y otras, el miedo era tan abrumador que no podía moverse, como si estuviera atrapado bajo el peso de una sombra invisible.

Elías sabía que su vida era miserable, pero prefería la miseria de su existencia limitada al terror insondable de lo desconocido.

Aquella noche, mientras el mundo dormía, Elías estaba en su cama con los ojos abiertos, contemplando el techo. Su mente giraba en círculos interminables sobre cuándo y cómo llegaría su fin. Sin previo aviso, una presencia llenó la habitación, como un cambio en la presión del aire o un silencio demasiado denso para ignorarlo.

Al voltear la cabeza, la vio. No tenía rostro, ni forma definida, pero su silueta pulsaba como una constelación, un mar de estrellas en movimiento perpetuo. No era un esqueleto encapuchado ni una figura temible, sino algo que trascendía lo humano.

—¿Quién eres? —preguntó Elías, aunque en el fondo ya sabía la respuesta.

—Soy lo que más temes —respondió la presencia, su voz resonando no en el aire, sino en su mente, como un eco de algo ancestral.

Antes de que Elías pudiera reaccionar, el mundo a su alrededor se disolvió. Ya no estaba en su cama, ni siquiera en su casa. Estaba flotando en un espacio infinito, donde colores que no existían en su realidad danzaban como corrientes de agua. La muerte lo había llevado a un lugar más allá de su comprensión, un espacio entre lo que es y lo que no es.

—¿Por qué me temes tanto? —preguntó la voz, ahora más suave pero imposible de ignorar.

—Porque no quiero desaparecer. No quiero dejar de existir —respondió Elías, mientras su cuerpo flotaba, aunque ya no podía sentirlo del todo.

La muerte no respondió de inmediato. En cambio, extendió una mano —si es que se podía llamar "mano" a aquella forma nebulosa— y con un gesto, desplegó ante él escenas de su vida. Pero no eran los momentos felices, ni siquiera los tristes. Eran los vacíos: los días idénticos, las oportunidades no tomadas, los amores evitados, los viajes nunca realizados.

—¿De verdad existías? —preguntó la voz, con una calma demoledora.

Elías quiso replicar, defenderse, pero las imágenes eran innegables. Había pasado tanto tiempo preparándose para no morir que nunca había aprendido a vivir.

—Creí que ser precavido me salvaría —murmuró.

—¿Salvarte de qué? —replicó la muerte, mientras las luces a su alrededor se intensificaban, envolviéndolo en un torbellino de colores y sensaciones.

De pronto, Elías sintió algo que no había experimentado en años: vértigo. Un vértigo que no era miedo, sino una comprensión abrumadora. La muerte no era un ladrón esperando al final de un callejón oscuro; era un río inevitable en el que todos debían sumergirse. Y él había pasado su vida construyendo diques inútiles, mientras los demás nadaban y sentían la corriente.

—¿Qué soy ahora? —preguntó Elías, con un hilo de voz.

—Eres una chispa que olvidó encenderse —dijo la muerte, pero su tono no era cruel, sino casi compasivo.

Entonces, por primera vez, Elías vio algo diferente en aquella entidad. Dentro de su inmensidad, había algo parecido a una puerta. No tenía forma definida, pero emanaba una atracción irresistible.

—¿Qué hay allí? —preguntó.

—No importa lo que hay después —respondió la muerte—. Lo que importa es lo que no hiciste antes.

Elías sintió cómo su conciencia empezaba a desmoronarse, disolviéndose en aquel océano infinito. Pero antes de perderse por completo, una última verdad lo atravesó: no había sido la muerte quien lo había limitado, sino él mismo. Había permitido que el miedo lo encadenara.

Y mientras se desvanecía en el cosmos, pensó, no con amargura, sino con una claridad serena: Viví, pero nunca fui.

María Margarita Medina Carrillo

Fotógrafa, guionista y escritora, encuentra en la observación del mundo cotidiano la chispa para su inspiración creativa.

Desde temprana edad, comenzó a escribir canciones y poemas, transformando este pasatiempo en una pasión que la acompañaría durante toda su vida.

En su carrera en comunicaciones, exploró la escritura periodística, mientras que en la universidad de cine descubrió su interés por la creación de guiones, algunos de los cuales lograron materializarse en cortometrajes. Como fotógrafa, ha desarrollado una sensibilidad especial para captar las emociones humanas, un aspecto que también nutre su trabajo literario y la narrativa de sus guiones. Apasionada por el realismo fantástico, en sus cuentos busca combinar la magia con la realidad para provocar reflexiones profundas sobre temas específicos. Esta es su primera incursión en la publicación literaria, una etapa que promete ser tan reveladora como las historias que cuenta.

" CONEXIÓN FINAL "

por Maria Margarita Medina Carrillo.

Era una noche tranquila, o al menos eso parecía. Amanda abrió su computadora portátil, conectándose a Zoom para charlar con su vieja amiga Laura, quien vivía en otro continente. Habían planeado esta llamada desde hacía semanas, y aunque Amanda parecía emocionada, Laura notó algo extraño desde el principio.

Amanda apareció en pantalla con una copa de vino en la mano, su sonrisa algo torcida y las mejillas enrojecidas. A su lado, su pareja, Daniel, se movía de un lado a otro, también bebiendo directamente de una botella de whisky.

—¡Laura! ¡Qué gusto verte! —exclamó Amanda con voz algo arrastrada—. Te ves igual que siempre, aunque, ¡mírame a mí! La vida de maestra me está envejeciendo.

Laura sonrió con cortesía. —Estás bien, Amanda, pero... ¿estás bien? Te noto algo... ¿intensa?

Amanda soltó una carcajada. —¡Claro que sí! Es solo el vino, querida. Tú también deberías estar tomando algo. Hoy tengo ganas de celebrar.

—¿Celebrar qué? —preguntó Laura, intrigada.

—La vida... aunque últimamente siento que está llena de locura. ¿Te enteraste de los últimos tiroteos en escuelas? — Amanda hizo una pausa, su expresión cambiando a una mezcla de preocupación y desdén—. Es aterrador. Cada día entro a las aulas pensando: "¿Será hoy el día en que pase algo terrible?"

Laura asintió, su rostro serio. —Es horrible. No puedo imaginar cómo te sientes.

Amanda tomó un largo sorbo de su copa y, de repente, su tono cambió. —Pero, ¿sabes qué es lo mejor de vivir aquí? ¡La libertad! —Dicho esto, Amanda se levantó y salió del encuadre. Volvió momentos después con un rifle en una mano y una pistola en la otra. —¡Mira esto! ¿No son hermosas? Laura se quedó atónita. —¿Eso son... armas? ¿Por qué tienes tantas?



—¡Porque puedo! —Amanda sonrió ampliamente—. Mira, ésta es mi favorita. Es ligera, precisa, perfecta... aunque Daniel prefiere esta otra, ¿verdad, amor? —gritó, mientras Daniel pasaba detrás de ella tambaleándose, con una expresión hosca y un vaso en la mano.

Laura intentó mantener la calma. —Amanda, eso no es seguro. ¿Por qué estás mostrando armas en una videollamada? ¿Y mientras estás bebiendo?

Amanda ignoró su preocupación y comenzó a manipular el rifle, apuntando hacia la ventana y luego al techo. —No pasa nada, están descargadas. Daniel y yo somos responsables... ¿verdad, amor? —preguntó de nuevo, pero esta vez su tono era ácido.

Daniel soltó una risa seca y murmuró algo ininteligible. La tensión entre ambos era palpable.

La conversación derivó en comentarios insulsos, hasta que una discusión estalló de la nada.

—¡Siempre estás hablando de más frente a tus amigas!

—gritó Daniel, lanzando su vaso al suelo.

—¡Y tú siempre estás borracho! —respondió Amanda, levantando la voz.

Laura, desde su pantalla, intentó intervenir. —Chicos, cálmense. No tienen que pelear.

Pero los gritos continuaron. Amanda agarró una pistola y la alzó como si fuera un accesorio para enfatizar sus palabras.

—¿Ves lo que tengo que soportar, Laura? Este imbécil no sabe cuándo callarse.

—¡Y tú no sabes cuándo parar de presumir! —Daniel se acercó tambaleándose, empujándola ligeramente.

Todo ocurrió en segundos. Un movimiento brusco, un disparo accidental que atravesó la sala, el sonido ensordecedor de una bala perdiéndose en la pared. Laura gritó al otro lado de la pantalla, pero nadie la escuchó.

Amanda, ahora fuera de sí, alzó el arma de nuevo, pero esta vez apuntó directamente a Daniel.

—¡Amanda, no! —suplicó Laura.

Otro disparo. Esta vez el cuerpo de Daniel cayó pesadamente al suelo. Amanda se quedó inmóvil por un momento, su rostro completamente blanco. Luego, lentamente, se giró hacia la cámara.

—Laura... yo... no sé... —comenzó a decir, pero antes de terminar la frase, hizo la pistola hacia su propia cabeza.

La pantalla quedó en negro, dejando a Laura en un silencio absoluto, su corazón latiendo con fuerza, incapaz de procesar lo que acababa de presenciar.

El horror no era sólo lo que había ocurrido, sino la idea de que, en este mundo conectado, el caos podía entrar en nuestras vidas a través de una simple llamada

DOS EN LA TORMENTA

por Jorge Milone



La fiesta fluyó como siempre. Pensé que iba como la sangre en la bañera de Psicosis. Lo usual, carcajadas sincopadas en los mismos chistes de ocasión, copas entrechocadas, cristales rotos, sonido de cubitos en franco deshielo. Y la música, claro motivo de disputa en mi casa. Entre familiares y amigos se distingue la cumbia, el rock y la bailanta. Así que tuve que transar con Los Ángeles Azules, Rodrigo y casi de contrabando pude poner un par de temas de Charly. Ni mencionar a Tom Waits, Bob Dylan o algo de blues y jazz; mucho menos tango.

Hacía calor, aunque se avizoraba una tormenta. La mayor parte del tiempo estuvimos en dos mesas en el patio. Por supuesto que se armaron grupitos y grupetes. Babilonia y el arca de Noé en completa armonía, por así decirlo. Como todos los cumpleaños anteriores, en este caso, el de mi esposa Silvia, las bebidas alcohólicas surtían distintos efectos y afectos. La cerveza se había impuesto desde temprano, aunque en la picada prevaleció el Fernet con Coca-Cola. Durante el asado, fue el vino quien se encargó de desacomodar los patitos, aunque para bien. Llorábamos de risa ante cualquier suceso, actual o recordado. Mi cuñada bamboleaba sus prominentes nalgas, saludando a la luna cada vez que se dejaba ver entre las nubes; seguía cierta preponderancia por un dios afrobrasileño, un tal Olorun.

Algunos escuchaban atentamente a mi amigo Beto, que relataba historias de su época como policía de un grupo comando de elite; esperábamos que en cualquier momento contara su épica en el Nakatomi Plaza. Muchos estaban sumergidos en repasar los árboles genealógicos, mientras aprovechaban para lapidar a algunos familiares ausentes. También estaban los que discutían cortésmente sobre fútbol y política. Entraba y salía de las conversaciones como si me asomara a diversas puertas, donde mi opinión era un gesto o una interjección. Por suerte, estaba Virginia, amiga de mi esposa, psicóloga y con el mismo gusto por la lectura que un servidor, la única que vivía muy lejos de nosotros; Olivos queda en la otra punta del mundo para cualquier mantancero. Con ella podía hablar del último libro de Murakami o de la eterna dicotomía entre Borges y Cortázar. Virgin defendía

al honorable cieguito y yo, un enamorado de las invenciones de Julio, la chicaneaba solo por diversión.

En algún momento, los adolescentes fueron desapareciendo, rumbo a fiestas sin telarañas y naftalina.

De a poco, la música fue sustituida por truenos y un viento del norte que nos obligó a entrar las mesas. Al mismo tiempo fueron saliendo los invitados. Mi esposa había tomado, digamos, un poco de más. Así que se fue a dormir, no sin antes pedirle a Virginia que se quede a dormir. Me ayudó a acomodar y lavar los trastos. Mientras lavaba, Virgin secaba y acomodaba. Cuando terminamos nuestra noble tarea, abrimos un vino levemente achocolatado y con algo de picor; una delicia para disfrutar en una buena charla. Me pidió poner música y, por arte de magia, comenzó a sonar Piazzola. Me aclaró que, en el pendrive que había puesto, los temas no estaban completos.

A esta altura del relato, conviene aclarar que Virgin es una mujer de unos cincuenta y pico, muy bien conservada. Era muy consciente de lo que provocaba su presencia. “El deseo mueve al mundo”, decía riendo. De todas formas, nunca tuve intención de algo más que su amistad. Estuvo casada con mi mejor amigo, Jair. Me hacía reír y pensar. Suficiente para un viejo pirata retirado, cuya pata de palo lleva muchas muescas y raspones de tantas batallas, no todas ganadas, claro.

Supongo que el alcohol y La milonga del ángel me aflojaron la lengua. Olvidé por completo la profesión de mi amiga. Comenzamos descubriendo retazos de Bach y Ravel en la melodía genial de Astor. La repetimos varias veces para descubrir adagios escondidos entre los acordes del bandoneón. Chocamos las copas en reiteradas oportunidades. Ni que hubiéramos descubierto la pólvora.

—¿Te puedo preguntar algo?

Tendría que haberla visto venir. Estaba con los sentidos adormecidos y la guardia baja; me sentía como una mosca en la telaraña, sabiendo lo que le espera sin poder remediarlo.

—¿Qué pretende usted de mí? —contesté jocoso.

—La verdad, claro.

—Te aviso que no me acuesto con mis amigos, aunque con Beto hemos dormido algunas borracheras. Eso, por si querés comerte este cuerpito embadurnado en dulce de leche. Su carcajada fue demasiado para tanta mezcla de bebidas, así que estallamos en risotadas alcoholizadas. Cuando pasó el momento burlesco, se secó las lágrimas y me clavó sus ojazos.

—Ves, es lo que noté toda la noche. Conservás tu buen humor, pero tus ojos dicen otra cosa. Creo que algo te está pasando.

—¿Mi esposa te pidió que me interrogues?

—Claro que no. No te persigas, es lo que noté hoy y me preocupa. Tenés los ojos muy tristes.

Ensayé mi famosa media sonrisa ligera y levanté los brazos.

—Está bien, está bien, su señoría: me declaro culpable.

En ese momento sonaba Primavera porteña y los dos dijimos al unísono:

—¡Vivaldi!

Otro brindis, pero esta vez se quedó mirándome con suspicacia.

—Vamos, no desvíes la pregunta, ¿qué te pasa?

—Vi, me pasa la edad. Me pasan los años y esta puta realidad de la memoria, la de no poder dejar de rememorar ciertas cuestiones del pasado que aún duelen.

—Y pensar que alguna vez dijiste que había que tener solo pensamientos felices, como Peter Pan, para poder volar.

¿Qué pasó con ese Quique que transmitía optimismo?

—Bueno, supongo que el viejo Peter ahora levita un cacho en sueños y un cachito en el contexto. También suelo decir, eso lo sostengo, que la memoria es el alma. Bueno, sucede que a los setenta, uno va perdiendo algunos nombres y fechas. Claro que ahora está don Google para refrescar ese desierto sin oasis, aunque sí con espejismos.

—Y sí, hay gente que llena los espacios que van quedando vacíos con las invenciones que más les convengan. Pero vos no sos así.

Volvimos a llenar las copas. Libertango nos envolvía en una atmósfera de frescura ante tanto calor. Afuera, la lluvia golpeaba con insistencia, adentro latía una confesión que no me animaba a hacer, aunque sabía que ya estaba iniciado el camino a la guillotina.

—Claro, no me gusta ficcionar mis reminiscencias, aunque lo haga en mis novelas y cuentos. A propósito, ¿te conté que en mi nuevo libro, Anal-izado por una amiga, reflexiono acerca de que no creo en los psicoanalistas?

—¡Morite, idiota! Dale, contame que soy una tumba.

—Hermosa cripta para encerrar a este muerto.

—¡Tarado! NO cambies más de tema y abrí otro vino.


Mientras descorchaba otro elixir, intenté acomodar mis pensamientos para no delatarme de golpe; como el escritor que interrumpe a sus personajes para dar una opinión personal y forzada, o algo así. Ya estaba bastante mareado. Encima, Virginia cambió la música y Wayne Shorter nos saxofoneó Infante eyes. Volví al sillón y, para mi sorpresa, estaba recostada. El vestido dejaba entrever sus muslos admirables. Tragué saliva de una forma exagerada, que la hizo reír de nuevo. Llené las copas y me senté en la alfombra a los pies de la reina freudiana.

—Está bien, voy a contarte todo sin restricciones de boludez.
—Por eso elegí esta posición que, además de cómoda, te está indicando que ahora no soy una profesional, solo tu amiga, la mejor, por cierto, y brindo por eso.
Recosté mi cabeza sobre una de sus piernas, sentí en la nuca una electricidad que era previsible, aunque no deseada.
Herbie
Hancock nos regalaba Cantaloupe island. La miré, dejando que
mi mejilla se beneficiara con la suavidad de su pierna.
—Digamos que he dejado de creer en el amor.
—No me jodas. Están juntos hace más de cuarenta años.
—Con unas forzadas vacaciones de cuatro años.
—Ninguno de los dos fue muy claro con respecto a esa separación. Aunque, según Silvia, continuaron viéndose y haciendo
el amor de vez en cuando.
Art Blackey sonaba a pleno su Moanin', que nos atravesaba de lado a lado. Con su pie descalzo, me acarició la cabeza. La araña
se relamía y la mosca había dejado de batir sus alas.
—¿Te acordás cuando fui a Rosario a dar esas charlas pedorras sobre talleres literarios?
Me dio un leve golpe con su pie en mi cabeza y volvió a reír como si hubiera dicho una broma.
—Perdiste tú oportunidad, Quiquito. Cómo olvidarlo, Jair se había ido a festejar cierto reencuentro con otros amigos y, supongo, que trataste de tirarme los galgos toda la santa noche. Fuimos
al cine, me llevaste a comer a un restaurante de lujo, como el hotel que te dieron, que no era barato como el nuestro. Estábamos
bastante tomados, así fue que dormíamos uno al lado del otro. Por supuesto que al lado, nunca fue "juntos".
Ese "juntos" quedó flotando en el aire. Levantó las piernas y, antes de taparse con la copa, pude vislumbrar una tanga azul.
Me hizo un gesto de indiferencia y serví más vino. Mi mano temblaba y mi corazón estaba a tono con la situación. Me acomodé para poder mirar a gusto cuando se llevara la copa a sus labios. Así lo hizo y, al contacto de la bebida con sus labios, cerró los ojos, mientras los míos recorrían ese mar transparente.
Cuando volvió a dejar la copa entre mi Sathya Sai Baba interior y

—Para serte franca, estaba segura de que cuando Jair me lo hizo a mí, lo había hablado con vos: antes y después.
Acabé el vaso y volví a servirme. Puede ser, no me acuerdo muy bien. Se rio francamente.
—Lo cierto es que Santi era fanático de cierta posición, una que nunca había probado con Silvia. El miembro del hombre en el ano de la mujer y ella sentada sobre él.

Jorge Milone,

Nació en Buenos Aires, Argentina, en 1953.
Es escritor, coordinador de talleres literarios, guionista de radio y televisión, autor de obras de teatro, . Colaborador en revistas "La Manuela", "Cerdos y Peces", "Crisis" y otras; Co-fundador y colaborador permanente en el Proyecto Fusión TI
Co-fundador y director de la revista "Agujero Negro" (Premio Oesterheld) a la mejor revista subte en 1985, y única revista subte argentina en el Salón del Cómic en Barcelona con mención especial en 1986
Guionista e integrante del programa radial: "Desde el Paraíso", Radio Municipal y del programa televisivo: "Tinta Roja",



CAPRICHITOS

por Jota Jota Conus

Había una vez una mimadaniñita a la que todo el mundo conocía con el nombre de Caprichitos; pues todo lo que pedía su mamá se lo concedía. Sólo bastaba que su pequeñodado índice señalara el objeto deseado para que éste se le entregara en forma inmediata. De esta manera, desfilaban unos tras otros numerosos muñecos, dulces, vestidos coloridos y los más diversos animales, cada uno de los cuales duraba cinco segundos con ella, pues apenas conseguido lo apetecido se deshacía de él.

—¡Mami, mami, mami, quiero ese caramelo bañado en chocolate! —gritó en una ocasión como bruja consumiéndose en el fuego, mientras rasgaba un vestido de princesita que se ceñía a su diminuta figura.

—Pero, Caprichitos, si te acabo de comprar el vestido de princesita... —le dijo la madre.

—¡Mami, mami, mami, si no me lo compras voy a...!

—Ya, Caprichitos, pero última vez que te aguanto esto. Pero esta última vez nunca llegaba.

—¡Mami, mami, mami, quiero esa muñeca Barbie! —le gritó después como un ogro hambriento, luego de escupir al suelo el caramelo bañado en chocolate.

—Pero, Caprichitos, si te acabo de comprar un caramelo bañado en chocolate... —le dijo la madre.

—¡Mami, mami, mami, si no me lo compras voy a...!

—Ya, Caprichitos, última vez que te aguanto esto. Pero esta última vez, como decíamos, nunca llegaba.

De esta manera, obtenía todo lo que quería, pues si esto no era así, los llantos de Caprichitos, que comenzaban con leves lagrimitas que delicadamente se deslizaban por sus mejillas,

muy pronto se transformaban en un diluvio universal que retumbaba en cada uno de los infinitos rincones del planeta. Bastó presenciar esto solo una vez para percatarse de ello y evitarlo de por vida. Fue en aquella oportunidad cuando pidió un hipopótamo como mascota, luego de rajar los lóbulos de sus orejitas para arrancar los aritos de perla que arrojó al alcantarillado.

Después de ese día, sin excepción alguna, su madre atendía todas las demandas. Hasta que una vez le dijo: —¡Mami, mami, mami, quiero el sol y la luna! —Pero, Caprichitos, eso no puedo dártelo, por más que quisiera.

Además, acabo de comprarte un elefantito que pediste.

—¡Mami, mami, mami, si no me...!

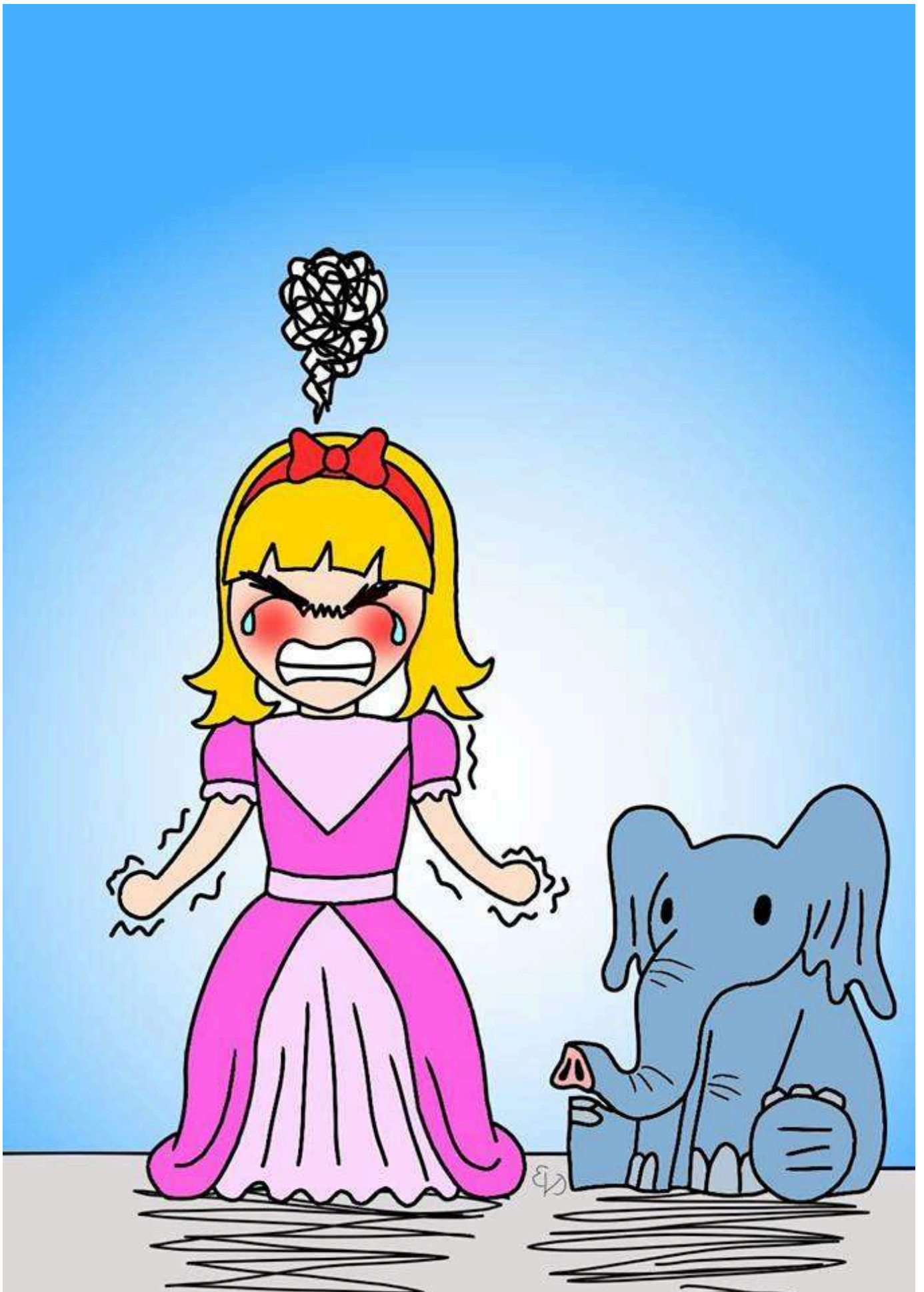
—¡Ya, córtala, Caprichitos! ¿Hasta cuándo? ¿Crees que siempre te daré lo que se te antoja?... Así crees que si un día me pides que salte del edificio, ¿voy a tener que saltar de éste?

—¡Mami, mami, mami... salta del edificio!

—Pero, Caprichitos...

—¡Mami, si no voy a...!

Y como esto se lo podía dar sin problema alguno, la madre se arrojó desde la ventana del piso decimotercero y estrelló su cuerpo contra el duro pavimento. Sin embargo, con esto, no pudo evitar que, al asomarse por el balcón, de los ojos de Caprichitos brotaran leves lagrimitas que delicadamente se deslizaron por sus mejillas cuando se percató de que su madre, con una roja sonrisa en la frente, yacía reventada sobre el suelo.





LLORENTE

por Jota Jota Conus

Había una vez un niño que se llamaba Llorente. Él era muy llorón. Por todo derramaba sus copiosas lágrimas: cuando lo mandaban a comprar pan, cuando tenía que cepillarse los dientes, cuando tenía que andar en bicicleta... hasta cuando tenía que comerse el postre. Ante esto, sus hermanos, sus primos, su tío, su abuelo y hasta su papá hacían una ronda alrededor de él para cantarle «¡Es niña, es niña, es niña!», porque creían que solo las mujercitas lloraban.

Un día, aburrido de ser molestado, se escapó de la casa y huyó al bosque. En este lugar, al caer la oscura noche con su silencio, Llorente escuchó el canto del búho, el ruido de sus pasos que hacían crujir la alfombra de hojas secas, al viento bailando con las ramas de los frondosos árboles, y sintió miedo, mucho miedo... y ¿adivinen qué? Empezó a llorar, llorar y llorar.

Mientras tanto, en la aldea, la familia gritaba desesperadamente «¡Llorente, Llorente, Llorente!». Pero el niño llorón no los escuchaba. De pronto, la mamá vio un río que nunca antes había presenciado, ante tal fenómeno se arrodilló y saboreó sus aguas. Al darse cuenta de que éstas eran saladas, sin pensarlo dos veces, se tiró un piquero al cauce y comenzó a nadar contra la corriente con la fuerza del amor más grande de todos: el amor de madre. La familia tampoco lo pensó dos veces y se lanzó tras ella.

Al llegar al final del arroyo, todos se percataron de que éste se originaba en los ojos de Llorente. Entonces, llorando de alegría por haber encontrado a su ser querido, volvieron al hogar por el mismo río hecho de lágrimas, amor y miedo. Y hermanos, primos, tío, abuelo y papá prometieron nunca más volver a molestarlo.

Jorge Jeria Conus

(1982) es un chileno que ha trabajado como profesor, cartero, jardinero, peoneta, operario de producción, matutero y un largo etcétera. Además, ha ejercido como escritor bajo el seudónimo de Jota Jota Conus, con el cual en el 2020 publicó su libro *El infierno puentealtino* y los *Cuentos para adultos con alma de niño*, este último realizado junto a otros dos escritores de la comuna de Puente Alto, quienes amablemente aceptaron su invitación al igual que cuatro amantes de la ilustración. También se ha dedicado a realizar guiones para videos de YouTube sobre diversas temáticas (artísticas, deportivas, políticas, etc.). En la actualidad, prepara la publicación de *El purgatorio puentealtino* para noviembre del presente año y de la novela *Isabela* con a para Wattpad.



“ Llorente” ilustración de Victor Zavala;



EL NIÑO MÁS COCHINO DE LA TIERRA

por Jota Jota Conus

Hubo una vez un niño que apareció en la gruta de una gigantesca montaña hecha con cabezas de pescados, pañales de fecados, yogures vencidos y fiambres descompuestos, luego de que sus padres lo arrojaron al camión de la basura completamente envuelto con negras bolsas de nylon.

Desde que fue descubierto en el vertedero de la aldea fue habitual verlo en desayunos, almuerzos, onces y cenas realizadas en las casas de los distintos habitantes, quienes se turnaban para atenderlo como si se tratase de su rey, así como también verlo jugar a las canicas y a la pelota con decenas de niños y a la casita de muñecas con decenas de niñas. Sin embargo, transcurrido un par de semanas, todos los que compartían con él se dieron cuenta de que no le gustaba bañarse ni cepillarse los dientes. A causa de esto, poco a poco las invitaciones y los juegos fueron disminuyendo hasta desaparecer. Al preguntársele por qué no se aseaba, con un hálito que mezclaba el olor a perro muerto, cebollas en escabeche y huevos podridos, él simplemente respondía «Porque no». Nadie insistía con otra pregunta porque eso significaba que el niño abriera la boca para contestar y con esto que su oyente sintiera, una vez más, el pestilente tufo. Por lo tanto, nadie sabía la causa, motivo o razón de esa conducta. De esta manera, la presencia del niño más cochino de la Tierra se volvió insoportable para la comunidad, y sólo por lástima aún seguía siendo admitido en ella.

A diferencia de los aldeanos, algunos animales estaban contentos con el niño: durante el día, los obesos piojos hacían escandalosas fiestas entre medio de los enmarañados cabellos de la grasosa cabeza en donde chupaban sangre hasta caer inconscientes con sus borracheras. En la noche le correspondía el turno a todos los patos del mundo, pues cuando el niño más cochino de la Tierra dormía... el pato

silvestre, el pato negro, el pato colorado, el pato crestón, el pato de torrente, el pato vapor hasta el Pato Lucas y el Pato Donald, todos, sin excepción alguna, hacían una larga fila en dirección a las fétidas orejas para ocuparlas como inodoros desde cuyo interior se expelía un nauseabundo efluvio que dejaba en la cama, acompañado por vómitos y diarreas, a cada uno de los aldeanos.

En un último esfuerzo, los vecinos más resistentes, provistos de mascarillas conectadas a voluminosos tanques de oxígeno, con ayuda de un megáfono, y a diez metros de distancia, le pidieron que, por favor, se bañara, ya que todo el pueblo estaba enfermo por su culpa, pero como siempre se rehusó. Ante la rotunda negativa optaron por agarrarlo a la fuerza para quitarle su piñiñenta ropa y bañarlo, pero el niño más cochino de la Tierra logró escapar y, sin importarle estar desnudo, corrió por toda la aldea hasta el bosque para ocultarse en él.

En este lugar muchas imágenes pasaron por su mente, entre ellas la de los desconocidos padres que lo habían abandonado y también las de quienes creía que eran sus verdaderos amigos, pero que lo habían abandonado debido a su pestífero hedor. Pese a esta situación, el niño más cochino de la Tierra evitó derramar lagrimitas de tristeza, pues sabía muy bien que, si lo hacía, éstas limpiarían aquellos ojos cubiertos por fosforescentes telarañas de verdes legaños por donde se paseaban innumerables arañas que competían entre sí para cazar las miles de moscas que, atraídas por la suciedad, quedaban atrapadas en la pegajosa red.

Las densas nubes grises, al no soportar el espectáculo que se les ofrecía, se juntaron y empezaron a llover, provocando una copiosa lluvia que cayó sobre el niño

más cochino de la Tierra, quien trató de ocultarse bajo las copas de los árboles más frondosos pero al percatarse de su intención la fuerza del viento echó a volar todas las hojas.

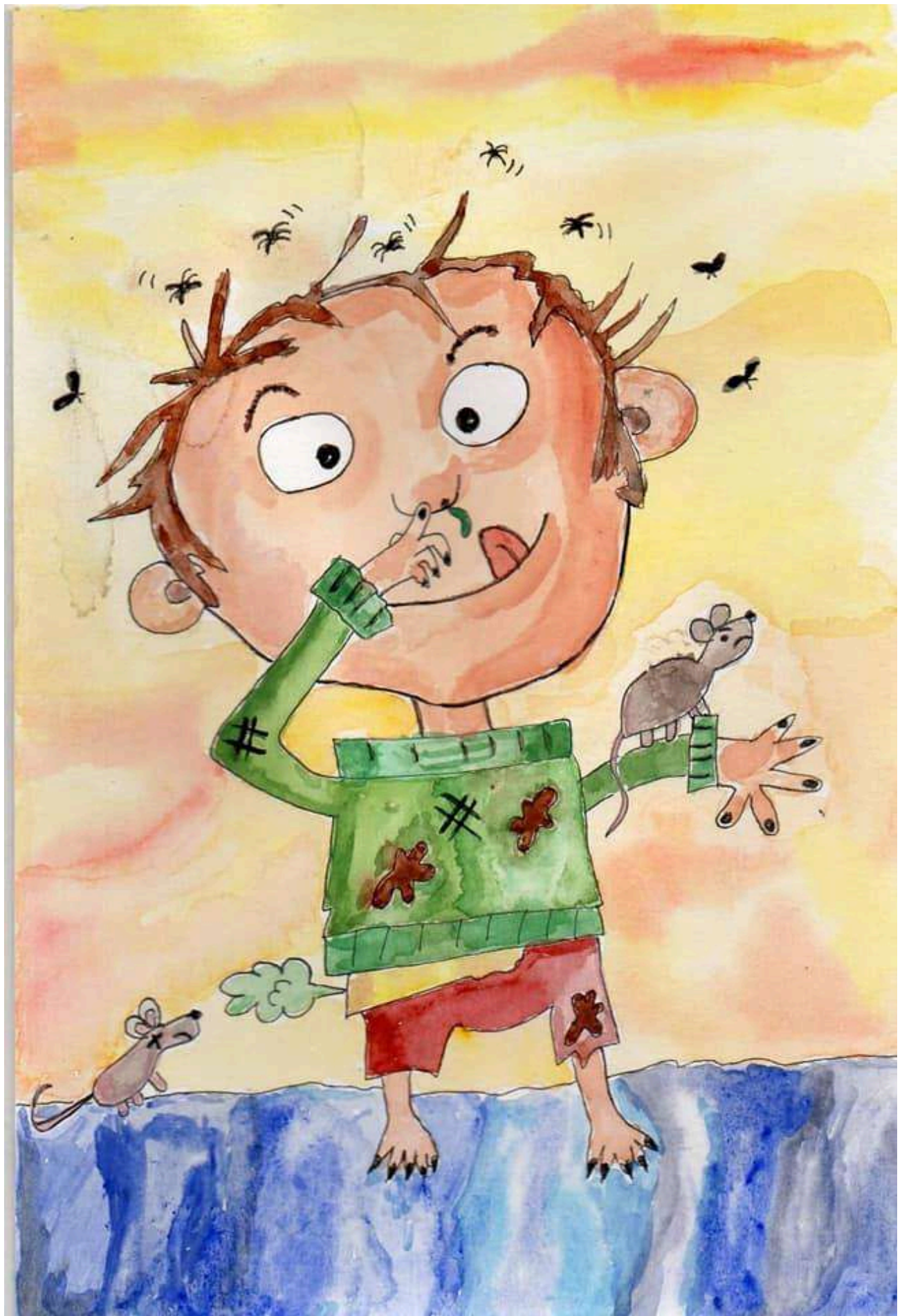
Completamente indefenso, el niño fue sujetado por las ramas de los arbustos y comenzó a ser restregado por las manos del peumo y el quillay; con las cerdas de su cola embetunadas en una mezcla de piedras pómez trituradas, sal, agua, uñas de buey, cáscara de huevo, mirra y menta, el Gran Jabalí cepilló los dientes del niño; el Rey Salmón salió del cristalino río, se desprendió de toda su carne y con su esqueleto peinó al niño, mientras los jazmines, las fresias, las lavandas y los azaharesofrecieron sus alegrese intensos aromaspara desodorizar su cuerpo. Una vez que estuvocompletamente limpio, las nubes se dispersaron y el sol con todo suesplendor ofreció sus rayos para secarlo.

Desde las blancas montañasdescendió una ovejapara vestir con su lana al niño que ya no era ni sería más cochino, pues a partir de ese momento sus hábitos habían cambiado, al darse cuenta de que bañarse era algo maravilloso. Lo mejor de la Tierra.

Cuando volvió al pueblo, los adultos se percataron del revolucionario cambio y lo invitaron a sus hogares, los niños jugaron una vez más a la pelota y a las canicas con él, y las niñas le hicieron una ronda al sentirse atraídas por el perfume tan rico que emanaba de sus poros. Decían que tenía la fragancia de la Madre Tierra.

Desde entonces, el niño siempre se cepilló después de cada comida y sebañó, antes de dormir y después de despertar, en la ducha, en la tina, en el lavamanos, en el lavaplatos, en el río, en el lago y en la laguna. Y nunca le dio un resfrío pues jamás dejó de agradecer, por haber estado junto a él en los malos y buenos momentos de su vida, a quien se convirtió en su verdadera madre, la Madre Naturaleza.





“ El niño más cochino de la tierra” ilustración de Natalia Hermosilla

QUE EN PAZ DESCANSEN

por Jota Jota Conus

Hace mucho tiempo había un zorzal al que le gustaba cantar todos los días sobre una verde ligustrina para despertar muy temprano a su Aurora Alba, de quien se sentía profundamente enamorado. Ella le correspondía, pues se juntaban a las cuatro en punto de la madrugada. Sin embargo, la rutinaria melodía de sus rítmicos trinos terminó por desesperar a los vecinos, quienes probaron los más diversos remedios para combatir lo que consideraban un maleficio. Desde taponos para los oídos hasta balazos dirigidos al pecho del ave, pasando por pastillas para conciliar el sueño. Pero no había solución alguna. Desesperados, entonces, decidieron crear una junta de vecinos con el único fin de acabar con el problema.

—¡No soporto a ese pájaro!

—¡Yo he gastado ya todos mis cartuchos, tratandose matar a esa ave!

—¡Ese animal me tiene aburrido! ¡Nosotros llegamos agotados de nuestros trabajos y sólo queremos descansar!

«Pájaro», «ave» y «animal» lo llamaban, ya que desconocían que su nombre era zorzal. A tal grado llegaba su desconocimiento de la fauna.

—¡No se preocupen! ¡Yo tengo la solución! —dijo el presidente—. Noten ustedes que ese pájaro siempre se posa en el mismo arbusto.

—¡Tiene razón! ¡Siempre se coloca en la misma planta! —exclamaron, al unísono, el secretario y el tesorero.

—¡Es cierto, es cierto! ¡Siempre se instala en el mismo vegetal! —afirmó en un tono seco el resto de la comunidad.

«Arbusto», «planta» y «vegetal» la llamaban, ya que desconocían que su nombre era ligustrina. A tal grado llegaba su desconocimiento de la flora.

—¿Qué les parece si juntamos dinero y compramos una pala y una picota para sacar ese arbusto?! —les preguntó el presidente.


—¡Qué brillante idea! ¡Con razón lo elegimos! ¡Viva! —fueron las palabras con las cuales todos los vecinos manifestaron su alegría.

Ese mismo día no se esperó más y, después de comprar las herramientas, arrancaron de raíz la verde ligustrina. Con esto, al fin pudieron descansar en paz, pues el zorzal nunca más cantó, lo que trajo consigo que su amada Aurora Alba nunca más despertara y de esta forma sumergiera al pueblo en una oscura noche negra que hasta hoy mantiene a los vecinos durmiendo bajo un grueso manto de tinieblas.





“ Que en páz descansen” ilustración de Brandon Varas Dupré,



LA CARNE ES DÉBIL

por Álvaro Sánchez Ortiz

Veggie fue a una fiesta.

Veggie, por supuesto, no se llamaba así; su nombre era Begoña. Sus amigas de la universidad le decían Beggy y su novia lo había cambiado a Veggie para indicar que era vegetariana desde el inicio del segundo semestre de la licenciatura que ambas cursaban, cuando Irma (así se llamaba la novia) le ayudó a descubrir su verdadera identidad de género a despecho de las expectativas del patriarcado.

Era la primera vez, desde que estaban juntas, que Veggie asistía a una fiesta sin Irma. Con ella sólo iba a reuniones militantes y aquelarres para despertar a su bruja interior. Irma no la dejaba salir con nadie más, lo cual podría ser considerado una red flag -la advertencia de una posible relación tóxica-, pero, como Irma le había explicado, si bien una actitud recelosa, defensiva y paranoide estaba mal en el caso de las relaciones cis-género, era la postura correcta cuando se trataba de ejercer una sexualidad no condicionada por el patriarcado y, por ende, amenazadora para la hegemonía masculina.

La fiesta era para celebrar el cumpleaños de Paris Gonzaga, una compañera a quien le habían puesto así por la heredera de la dinastía Hilton y quien, a su manera, era una rubia tan atractiva como la socialité. Octavio, su novio, un youtuber con miles de seguidores, había preparado todo para el festejo en el gimnasio de su papá, donde solía grabar videos para quienes anhelaban tener un cuerpo tan musculoso como el suyo. No faltaba nada: había un DJ, bocadillos y quienes quisieran platicar podían hacerlo cómodamente sentados en los aparatos de ejercicio. Irma odiaba a Octavio y Paris, decía que eran el ejemplo perfecto de los estereotipos de género. A Veggie, en cambio, le caían bien o, al menos, le habían agradado hasta que su novia la había instruido para que le cayeran mal.

Veggie no llevaba ni cinco minutos en la fiesta cuando Tavo se le acercó para ofrecerle un plato de bocadillos. Los bollitos y los volovanes lucían una corteza con un dorado delicioso, como unos muslos tostados al sol. Se le antojaron tanto a Veggie que, para cuando le dio las gracias a Tavo, ya estaba masticando el primero.

Tavo era Gustavo, otro de los compañeros de Veggie. Se habían hecho amigos en el primer semestre. Y sólo se habían dejado de ver porque Irma le había explicado a Veggie que no necesitaba a ningún hombre. Tavo era callado, atento, discreto. Su padre lo había puesto a trabajar en el restaurante familiar desde que tenía once años y, aunque ahora estudiaba para hacerse cargo del negocio, el estilo eficiente y sobrio de un buen mesero se había convertido en parte de su naturaleza. Había iniciado la conversación recordando sus anécdotas compartidas del primer semestre, cuando Veggie puso cara de espanto y lo interrumpió.

—¡Esta cosa tiene carne!

—Son bocadillos de atún, jamón y carne molida.

—¡Yo no puedo comer carne! ¡Soy alérgica!

Veggie arrojó el plato lejos de sí, estiró los brazos hacia adelante, abrió los ojos como si quisiera empujar sus cejas hasta el cuero cabelludo, y jaló aire como si fuera un nadador recién salido a la superficie. Iván, otro de los asistentes, la abrazó por detrás, enmarcó sus pechos con las manos, y la agarró a empujones contra ella.

—Pero, ¿qué haces?

—La maniobra Heimlich.

—¡A ella no se le atoró nada! —Aclaró Tavo y separó al acomedido compañero de Veggie. Nadie dudó de las buenas intenciones de Iván, aunque sus esfuerzos más dieron la impresión de un perreo que de una maniobra médica.

—¡No puedo respirar! ¡Me voy a morir!

Entre murmullos consternados y una respetuosa pausa del DJ, Tavo y Veggie abandonaron la fiesta para acudir a una clínica cercana.

*

Tavo llevaba media hora sentado en un sillón tapizado con imitación de cuero color amarillo, la cual lucía peor bajo la luz de unos focos demasiado ahorradores, cuando salió el doctor.

—Así que tu amiga es alérgica a la carne.

—Eso me dijo.

—¿Ya había tenido otras crisis?

—No. De hecho, antes comía carne.

—¿Ah, sí?

—Sí. Los hot dogs eran sus favoritos hasta hace dos meses.

—¿Y luego? ¿Por qué dejó de comer carne?

—Es que... Eso le dijeron.

—¿Quién?

—Una compañera del salón.

—¿Su novia? Nos pidió que la llamáramos.

—Sí, ella.

—Ya veo.

El doctor hizo una pausa. Tavo se sentía como un tonto por haber tratado de ocultar que Veggie tenía novia.

—Ella va a estar bien, ¿verdad?

—Sí. Aunque,...

—Entonces, ya me voy.

—¿No la esperas?

—La va a esperar su novia.

—Como quieras.

*

La ingesta de carne no requirió ningún procedimiento, pero, por el ataque de pánico, a Veggie le suministraron un sedante intravenoso, el cual la hizo retozar por los coloridos prados de la psicodelia.

Flotaba sobre un océano color magenta cruzado por cardúmenes de pececillos amarillos. De vez en cuando, un tiburón púrpura emergía triunfal y agitaba la cola en los pocos segundos de esplendor fuera del mar. Veggie, apenas medio metro por encima de las aguas, flotaba plácidamente. (Iba a pensar: “flotaba sobre las aguas como el Espíritu en el Génesis”, pero luego recordó lo que le había dicho Irma de la religión cristiana como herramienta de adoctrinamiento).

De pronto, desde un cielo amarillo hasta el insulto, un enorme hot dog descendía hacia ella, con la salchicha directamente apuntada hacia su boca. Ella la recibía con una mordida rotunda y total. Y una explosión de sal y saborizantes artificiales untó sus mejillas por dentro.

Justo cuando más gozaba su fantasía, un sacudimiento tosco y violento la forzó a abrir los ojos y reaccionar a la realidad. Lo primero que vio fueron los dedos huesudos de Irma apretándole el brazo.

—Despierta, que ya nos vamos.

—Pero el doctor dijo...

—Ya sabes que no puedes confiar en la medicina hecha por hombres. Yo te curaré con herbolaria, el legado sanador de las mujeres.

A Veggie le dolió cuando Irma desconectó el suero con poca delicadeza, pero le dolió más recordar los retortijones que había padecido la última vez que Irma la “curó”.

Al día siguiente, Tavo llegó al mediodía con un ramo de flores, pero le avisaron que Irma había convencido a Veggie de firmar una responsiva para salir de la clínica la noche anterior.

*

Hay una clase especial de envidia: la que siente alguien enfermo del estómago cuando ve a los demás comer, la de quien no sabe bailar y ve a los otros en la pista, la envidia que provocan los ojos verdes o azules. Veggie sentía una envidia similar desde la noche de la fiesta. Cuando iba al supermercado con la lista de encargos de Irma, dirigía el carrito de manera inconsciente a los refrigeradores y contemplaba la carne roja brillando en las charolas blancas de unicel. En la calle, cuando ya era de noche, observaba con celos a quienes devoraban tacos de suadero, longaniza o tripa.

Frente a Irma, por supuesto, se mostraba tan sumisa como antes del incidente. Y, sin embargo, un hambre que ningún vegetal era capaz de saciar, una penuria al centro de su vientre, se manifestaba insistentemente con la potencia del vacío.

Por fin, Veggie se decidió a enviarle un mensaje de texto a Tavo. No era nada comprometedor, apenas una invitación a verse en pleno día en una cafetería. No obstante, prefirió no mostrárselo a Irma ni pedirle permiso. Adujo que tenía que ir a aclarar algo en la

factura del gas y, como ella era la que se encargaba de las cuentas desde que Irma la había sacado de su casa para vivir juntas, a su novia no le extrañó.

Veggie acudió a la cita, pero, justo cuando estaba en la puerta de la cafetería, dudó si debía entrar. Una vez reconfortada con el pensamiento de que en aquel lugar, especializado en café y pan de dulce, apenas si vendían algo que tuviera carne, ingresó al local. Aunque era temprano, Tavo ya la estaba esperando.

Charlaron y pronto fue evidente para Veggie que su compañero estaba interesado en ella. Una situación así le daba la razón a Irma: los hombres no pueden ser amigos de las mujeres, tarde o temprano se interesan sexualmente en ellas.

Y, sin embargo, Veggie se sentía bien. Encontraba refrescante la conversación fácil y fluida de Tavo después de meses sometida a los monólogos belicosos de Irma; le costaba creer que lo que sucedía con él pudiera ser calificado de acoso; y cada vez se le antojaba más la carne.

—Quiero ir a otro lugar.

—¿En serio?

—Sí. Un lugar donde podamos...

—¿Estar solos?

—¡Comer carne!

Como estaban en una plaza comercial, no tuvieron que caminar mucho para encontrar una franquicia de hamburguesas cuyo eslogan era: "100% carne real".

—¿Estás segura de querer entrar? Dijiste que te hacía daño.

—Quiero probarla otra vez.

—Como tú quieras.

Veggie pidió una hamburguesa sencilla. Se veía muy entusiasmada, aunque, cuando la tuvo enfrente, dudó en llevársela a la boca. No es que le faltara atractivo; al contrario, la carne morena con las trazas negras de la parrilla se veía muy apetitosa, pero recordaba todo lo que le había dicho Irma sobre la trilogía del mal: los hombres, el capitalismo y la alimentación carnívora. Por fin, mordió la hamburguesa con los ojos cerrados y todos los discursos de Irma se diluyeron en los jugos de aquella carne de calidad premium.

Tavo vio cómo su compañera de estudios perdía la palidez azulada de las últimas semanas y recuperaba el rubor en las mejillas que tanto le había encantado desde la primera vez que contempló sus chapitas con calma.

Pero lo que estaba viviendo Veggie por dentro era mucho más intenso. Sospechaba cada vez con más firmeza que el mundo no tenía que ser el páramo gris del que Irma le hablaba. La idea de las mujeres luchando sin esperanza en una sombría trinchera le parecía cada vez más cuestionable, más irreal, ridícula. Si aquello era efecto de un trancazo de calorías o de una revelación existencial, ya lo averiguaría después.

Veggie pidió otra hamburguesa, una doble, y después se desplomó gustosa en una indulgente modorra. Si se mantuvo despierta fue gracias al café y a la plácida conversación de Tavo, a la que empezaba a aficionarse.

Veggie comenzó una doble vida. En la universidad, con Irma, seguía alimentándose con ensalada "Madre Tierra" a base de espinaca cruda, jícama y almendras, pero, para tener más tiempo fuera del departamento que compartía con Irma (el cual le habían comprado sus padres con la promesa de entregárselo el día que obtuviera su título), se inscribió a un diplomado con el plan de nunca asistir y aprovechar las horas para comer carne. Por supuesto, ella no podía pagarlo, pero le pidió dinero a su mamá y le dijo a Irma que se había ganado una beca. Ésa fue la primera vez que Veggie habló con su madre desde que salió del clóset y, en su opinión, salió mucho mejor de lo que había esperado.

Una vez establecidos los términos de la clandestinidad, Tavo fue su guía en los caminos de la carne. Comenzaron con carne molida y milanesas, pero en cuestión de semanas llegaron a lo más hard core de la dieta carnívora: chicharrón prensado, carnitas, barbacoa, todos los cárnicos rindieron tributo a sus pequeños dientes, los cuales mostraron su vigor, en nada rebajado por su talla. Al final de aquellas orgías palatales, Veggie recurría a un cepillado enérgico y a dosis desmesuradas de pastillas para el aliento.

Las personas como Veggie, sin embargo, son demasiado buenas para vivir en la mentira. Y una noche en que un eructo involuntario impregnó de olor a chorizo la sala, justo cuando veían una serie en streaming o, más bien, cuando Veggie trataba de ver la serie mientras Irma insistía en cachondeársela, aunque le había dicho que se sentía sin ánimos (¿y cómo iba a tener ánimos para las lides lésbicas después de haber probado los chorizos rojo, verde y amarillo en un restaurante toluqueño al que la

llevó Tavo?), decidió que no podía continuar la farsa y le confesó todo a Irma. De que lloró, lloró, aunque por más que se esforzaba en sentir culpa y remordimiento, no lo logró. Irma berreó, pataleó y la emprendió a golpes contra los adornos del departamento. Luego, en un movimiento súbito, tomó a Veggie por los hombros y la miró con furia. En esos breves segundos, Veggie pudo ver en sus ojos las llamaradas de una enorme ira que pugnaba por salir, alimentadas por un magma de rencor añejado durante muchos años.

Y entonces vino la cachetada.

A Veggie no la habían castigado físicamente desde que terminó la primaria, por lo que el estupor la paralizó. Irma parecía decidida a colocar un segundo golpe, pero algo debió haber visto en el rostro de su novia, porque inmediatamente cambió su actitud.

—Perdóname, no quise hacerlo.

—¡Aléjate de mí!

—Es que tú me provocaste.

—¡Déjame sola!

*

Durante los siguientes tres días, Veggie pasó la mayor parte del día en el campus universitario y sólo llegó al departamento a dormir. Como Irma no padecía de insomnio y tampoco se levantaba lo suficientemente temprano como para alcanzarla antes de que se fuera, la pareja no conversó en las setenta y dos horas siguientes a la pelea. Con quien sí platicó mucho Veggie fue con Tavo, con el resultado de que cada vez era más difícil encasillarlo en el perfil de la triple V que Irma les adjudicaba a todos los hombres (violador, violento y valemadres). Para alimentarse, Veggie no renunció a la carne; al contrario, cada vez que se pasaba la mano por la mejilla, mordía sus cárnicos con más afán.

Fue hasta la noche del tercer día que Irma se mantuvo despierta para recibir a Veggie y mostrarle todos los obsequios con que había llenado el departamento (sobregirando, de paso, la tarjeta de su novia). Después de un insistente asedio de abrazos, Veggie aceptó con desganó continuar con su pareja. Durante el sexo reconciliatorio de rigor, resistió lo mejor que pudo el asco que le producía la figura reseca de Irma (la cual le recordaba a la cecina), y luego se durmió pensando en sí misma como Beggy, recordando el rato que había pasado ese día con Tavo y figurándose el ansia de otra carne que ya se dibujaba vagamente en su conciencia.



Álvaro Sánchez Ortiz (Ciudad de México, 1977) es licenciado en Letras hispánicas y en Filosofía, egresado de la UNAM, con mención honorífica, en ambos casos. Asimismo, realizó el diplomado en creación literaria de la SOGEM. Es autor de *Telúrico* (UNAM, 2018), obra ganadora del concurso de Ediciones Digitales Punto de Partida, en la categoría de cuento. Se ha desempeñado como profesor de literatura y de teatro.



HOMÚNCULO

por Jorge Etcheverry Arcaya,

Hay quienes dicen que el origen de este estado de cosas, a falta de otro nombre, empezó con ese deslizamiento imperceptible primero y luego brusco del mundo descubierto y fijado en el pensamiento por Descartes y Kant y establecido definitivamente en la ciencia y el diario vivir por Copérnico y Newton. Como yo soy (era) un intelectual, o lo que se llamaba un intelectual, no fui ajeno a esa palabra introducida hace unas décadas, el 'postmodernismo' que pareció legitimar lo que hasta ayer era prohibido y a dar a las más antojadizas visiones de mundo un lugar en el panorama cultural y psicológico, en contraste y simultáneamente con otras visiones contiguas y superpuestas, antes estaban relegadas a la antropología, la historia de las religiones y los mitos urbanos. Pero basta de esta introducción quizás un poco árida. Es que la premura del tiempo y mi falta de costumbre del trato con la mayoría de la gente me difícil el uso del lenguaje cotidiano. Ante la permanente confusión que me rodea me he vuelto ermitaño. Para encerrarse ya no se necesitan candados sólidos, ni cerraduras sincronizadas con la voz, el iris o las huellas dactilares. Ahora es más fácil. Para evitar una presencia sospechosa, inquietante o inesperada en mi cubículo, me basta dibujar con un pedazo de carbón el humilde y manoseado pentagrama en el interior de la puerta.

Porque vino esa época que todos conocen. A fuerza de décadas de conflictos con causas geopolíticas y económicas, pero que enfrentaron a los sectores religiosos más importante de la humanidad, el fervor creyente se fue radicalizando y terminó por impregnar lo que en siglos anteriores algunos filósofos europeos llamaron el espíritu de la época. Siento que se gesta una tormenta afuera, no muy lejos de aquí. No me pregunten cómo lo sé, ni a quiénes estoy señalando con el dedo, porque ahora las paredes tienen oídos, todas, incluso las paredes del cráneo. Veo por la

ventana que pasa un pájaro de fuego, quizás producto de lo que los textos de antropología llamaban magia operativa, si es así en contra de quién. O quizás sea una emanación de alguien, que adopta esa forma que cruza el firmamento moldeando las partículas de aire, alineando moléculas. Acaso sea la concreción de mi estado de ánimo, ahora que estoy escribiendo esto, quién sabe para quién

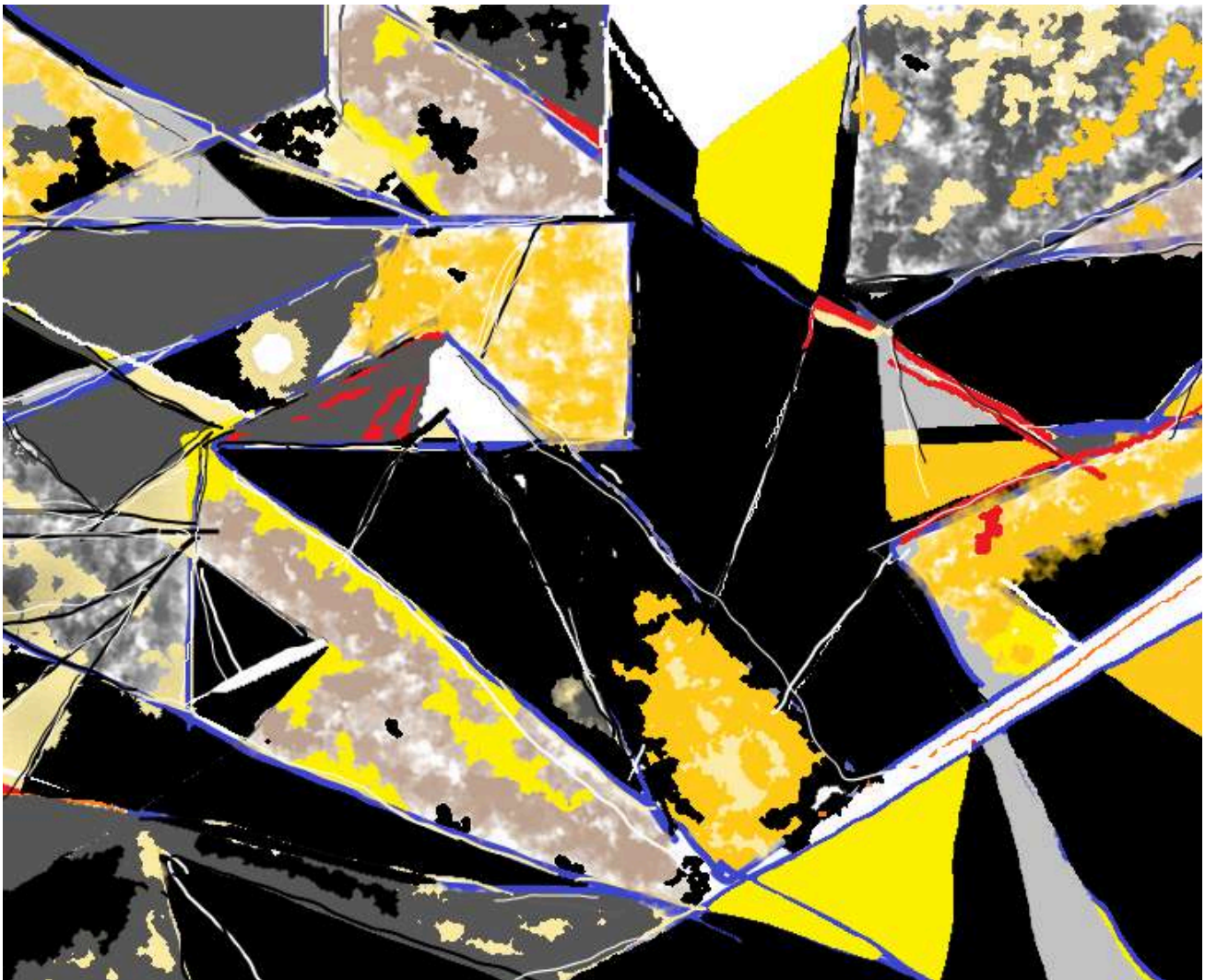
Aunque sea difícil describir cómo van apareciendo las letras, una detrás de otra y en fuente Times roman 12 en ese pergamino en que sin querer he convertido las hojas bond tamaño carta. Aunque sea lo más seguro que en los repliegues de ese material no haya habido cambio, que esa otra forma despliega el mismo número de partículas, como afirma la escuela de pensamiento más aceptada, porque a las finales, se trata solo de una modificación de la forma. La esencia digamos material de todo esto sigue siendo la misma—hago un ademán abarcador con la mano al hacer aparecer esta frase en la hoja y he aquí que surge frente mío una pequeña nebulosa dorada—un minúsculo universo. Aunque eso no sea lo que piensa Greta la enfermera, una de las pocas sobrevivientes entre mis amistades y sana, según los antiguos cánones, si no fuera por su hábito de hablar sin mover los labios, como el otro día, cuando sentada en posición de loto a la altura de mi cabeza cambiaba el color del pelo y los ojos y proyectaba por picardía ciertos efluvios sensuales. Me dijo que cuando niña había leído alguna vez el Fausto, que había sacado de la biblioteca de su abuelo, pero que después no había leído mucho, las exigencias cada vez mayores de su profesión no se lo habían permitido. Los homúnculos que guardaba en frascos de mermelada vacíos habían salido así, de repente y ella sólo dejaba salir a algunos, los más bellos e inofensivos y por ratos cortos.

Le dije en broma que porqué no me traía una homúncula, que yo no estaba seguro de poder producir. Todavía tengo una sensación de incredulidad que me embarga cuando trato de hacer algunas cosas, lo que me hace mantenerme al nivel de mago de tercera o cuarta categoría, aunque si no entro en comparaciones y me atengo a lo que hago en mi casa, a veces hasta me doy yo mismo un poco de susto. A veces pienso qué estarán haciendo en otras partes esos otros, los más metidos, los que alguna vez a lo mejor formaron parte de las huestes virulentas y más extremas de esas religiones cuyo conflicto final diezmo por décadas ejércitos y poblaciones civiles. Pero el efecto acumulador de un sinnúmero de mentalidades volcadas hacia ese lado y operando a la vez en el mundo material crearon una especie de delirio trascendental y fanático que terminó por alterar—quizás para siempre—esa especie de animal cultural, o informático, o mental, o espiritual, que el genial cura Thelard de Chardin llamaba la noósfera, esa capa de la cultura y el pensamiento humano secretada y mantenida, una especie de animal espiritual, sobrealimentado y desbalanceado, en esta nueva Edad Media amplificada al cubo por la tecnología. Es que finalmente quedó demostrado que la superestructura, las ideas, religiones, creencias, etc., influían sobre la infraestructura, ese siempre opaco e inmutable mundo material, que termino por ceder, por doblarse, por dar paso otra vez al mundo de antes de La Edad Moderna, del nacimiento de la Edad Media, que ya no produce solo esos dragones que se desplazan otra vez por nuestros cielos, incinerándolos, sino otras entidades, ya que ya se ha dicho que en ciertas condiciones la tierra pare monstruos, y qué somos nosotros, yo y la Greta cuando dejamos fluir la realidad de acuerdo a nuestros deseos y antojos cuando nos abalanzamos fluidos y multiformándonos el uno en brazos de otro sin saber a ciencia cierta ni dónde ni cuando ni qué provocamos y quiénes son estas sombras y esta claridad, estas entidades frías y luminosas cuyo aliento nos entibia el cuello, cuyas alas nos rozan, en este nuevo imperio de lo que antaño se denominaba magia.



Jorge Etcheverry Arcaya,

Chileno, vive en Ottawa, Canadá. Profesor de filosofía, máster en lengua y literatura hispánica, doctor en literatura comparada. Fue miembro de la Escuela de Santiago y el Grupo América, agrupaciones poéticas chilenas de los 1960-70. Textos suyos de poesía, prosa y crítica han sido publicados en diversos países en revistas y libros en castellano y traducciones al inglés, francés, italiano y portugués. Ha publicado arte en diversos medios y formatos, en papel y virtualmente. Sus últimos libros son *Clorodioxepóxido*, poemas, Chile, 2017; *Los herederos*, novela de ciencia ficción, 2018; *Canadografía*, antología de prosa hispanocanadiense, Chile, 2017; *Samarkanda*, poemas, Canadá, 2019; *Outsiders*, narraciones en inglés, 2020; *Orejas y vanguardias*, Chile, 2024. Recientemente aparece en las antologías Wurlitzer. *Cantantes en la memoria de la poesía chilena*, Chile, 2018; *Antología de la Revista Entre Paréntesis*, de Chile, 2018; *Antología de la poesía chilena de la última década*, (Chile, 2018), *Antología mundial de poesía*; *La papa*, seguridad alimentaria, Bolivia, 2019; *Anthologie de la poésie chilienne, 26 poètes d'aujourd'hui* (France 2021). Es colaborador y miembro del comité editorial de las revistas chilenas *Entreparéntesis*, y *Off the Record*. Su último libro de poemas es *Orejas y vanguardias*, Chile, 2024.





RECORRIDO LITERARIO POR EL "NORTE"

Por Eduardo Antonio Parra

Alguna vez, mientras investigaba un pleito entre Jorge Ibarguengoitia y Carlos Monsiváis por el montaje de una obra de Alfonso Reyes, me topé un texto de este último: "El hombrecito del plato", un intento de ciencia ficción de uno de los padres literarios de México. Mucho después, compré un libro con un águila viendo de frente. El libro es "Norte. Una antología" (Ediciones Era, 2015).

A través de 49 cuentos Eduardo Antonio Parra, el compilador, nos da a conocer a autores ya sean nacidos o radicados en el norte de México: desde las vacas sagradas del Ateneo de la Juventud hasta el tiempo de publicación del libro, abarcando la península de Baja California hasta Tamaulipas, pasando por Sinaloa y Durango, que no son precisamente norte. En el prólogo, Parra nos cuenta que mientras la academia aún discute si en México hay una sola literatura o muchas, los escritores del norte escriben en vez de agarrarse a gritos y sombrerazos y, sin querer queriendo, hacen evidentes las diferencias entre el norte y el resto del país, tanto lingüística, geográfica e ideológicamente, haciendo canon, por lo menos en el campo literario, aquella frase que usa el buen youtuber Fedelobo: "los Méxicos".

Personalmente, hicieron falta algunos nombres como Gerardo Cornejo (para completar de una vez la llamada "Generación del desierto" junto a Daniel Sada, Jesús Gardea y Ricardo Elizondo Elizondo), Rosina Conde e, incluso, el propio Parra. Si bien él no se incluye en la antología (como varios antologadores lo hacen) era necesario su lugar en este libro.

Los cuentos que me gustaron y que recomiendo ampliamente son "El muerto" de Nellie Campobello, cruda historia desde la perspectiva de una niña de 14 años que vivió la Revolución mexicana en Chihuahua; "El león que fue a misa de siete" de César López Cuadras, jocoso relato de costumbres de cómo una bestia de circo interrumpió la santa paz de un pueblo de Sinaloa; "Señor de Señores" de Miguel Tapia, una reinterpretación del Dios castigador del Antiguo Testamento pero ubicado en el contexto del narco; "Familia americana" de Cristina Rascón Castro, un retrato sobre la migración y el racismo del otro lado de la frontera o "Gran pantalla" de Luis Panini, shockeante testimonio televisivo.

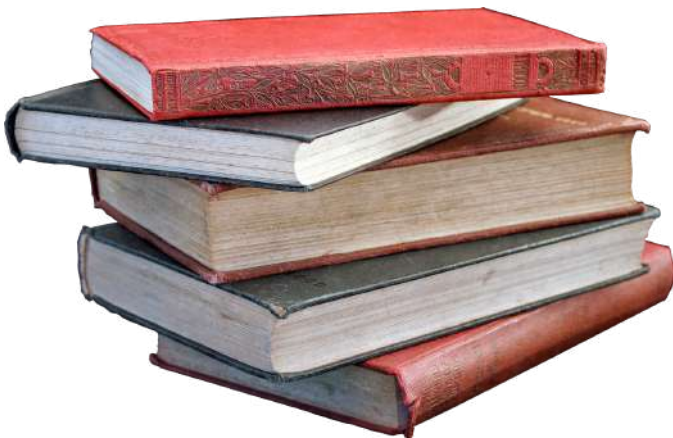
Otros textos recomendados son "La fiesta de las balas" de Martín Luis Guzmán, "La muerte tiene permiso" de Edmundo Valadés, "El oso" de Irma Sabina Sepúlveda, "La casa de las golondrinas" de Víctor Hugo Rascón Banda, "Cualquier altibajo" de Daniel Sada, "El miedo es una enfermedad contagiosa" de Alfonso Orejel, "Un poeta local" de David Toscana, "En este pueblo no hay cabrones" de Juan José Rodríguez y "Señas particulares" de Vicente Alfonso.

Hubo otros que me durmieron olímpicamente como "El vagabundo" de Julio Torri, "Barra de Navidad" de José Revueltas, "Como en el mundo" de Jesús Gardea o "Vásquez" de Carlos Montemayor. Tienen ese estilo que en lo personal no me gusta: el flujo de conciencia y el afán de querer describir en media cuartilla lo que

pueden resumir a un renglón. Otros prometían pero no llegaron a nada como “ El hombrecito del plato” de Alfonso Reyes, “La señal” de Inés Arredondo (hay otros cuentos de ella que si me gustan, como “La sunamita”), “Albur de amor” de Rafael Ramírez Heredia, “Dos fantasías” de Patricia Laurent Kullick o “Dios equis” de Regina Swain Otros, para mi humilde e inexperto criterio, no son cuentos, pero aun así son muy buenos como “Tijuanenses” de Federico Campbell, “El fenómeno físico” de Ricardo Elizondo Elizondo, “De la querencia” de Héctor Alvarado o “Los relámpagos” de Luis Jorge Boone.

Si se tiene planeada una reedición o ampliación de esta antología, deben si o si estar nombres como Cornejo, Conde y María Elvira Bermúdez, así como Elma Correa, Franco Félix, Carlos Velázquez y Daniel Salinas Basave, autores que ya tienen cierta trayectoria o que están haciendo sus buenos pininos literarios y hay que tomarlos en cuenta.

Es un recorrido más malo que bueno a mi ver, pero para eso están ustedes. Consigan esta antología, léanla y sepan coincidir con mi opinión o estar en desacuerdo. La invitación siempre es esa: lean y tomen sus propias conclusiones.



Miguel Ángel Castelo

(Tijuana, 1995). Egresado de Lengua y Literatura de Hispanoamérica de la Universidad Autónoma de Baja California. Textos suyos aparecen en las revistas “Metáforas al aire”, “Alcantarilla”, “Gramanimia”, “Poetómanos”, “El creacionista”, “La Dalia Transversal”, “Delfos” y “El Morador del Umbral”, así como en “Retazos de Ficción” (Costa Rica) y “Revista Cultural Casa Usher” (Perú). Participó en las antologías Voz migrante (2017), The real morador blues (2020), El descenso (2021), Soñar en noviembre (2022), Terror. Antología vol. 3 (2023) y El neón es el augurio del caos (2024). Escribe la columna “Moskas en la sopa” para la revista digital colombiana Aparato Nacional.

HABLEMOS DE LIBROS

La Trenza

Latitia Colombani.

Por Marilú Ricalde

Dividir un mechón en tres partes iguales para luego tejerlo con suavidad y destreza es el proceso de trenzar. Es una técnica laboriosa. El pelo se ata y desata. Se jala y se afloja. El resultado es un peinado atemporal con características y significado propio dependiendo del país, localidad o creencia religiosa. Puede denotar status, rebeldía, falta de higiene, pulcritud o disciplina.

El relato de La Trenza es un paralelismo a ese delicado tejido. Ambientado en un tiempo sin fecha y en un vasto espacio, tres mujeres comparten su historia. Cada una diferente. Sus edades no coinciden. Su educación es distinta. Su hogar disímulo. El continente que habitan no es el mismo. Sin embargo, las tres buscan su propio lugar.

A la primera la mueve su descendencia, a la otra su familia, a la tercera su desarrollo profesional. Una se enfrenta a tabús religiosos y políticos de su pueblo, la segunda a las tradiciones familiares, y la tercera, tiene que romper el techo de cristal que todos conocemos. A las tres la sociedad las consume. A una, el tercer mundo la encasilla y le impide el cambio. A la otra, el primer mundo la acusa de liberal y rebelde. A la última, el mundo desarrollado la enfrenta a una situación de cruda competencia sin reglas ni confianza. El machismo las somete. A la primera, le aterra. A la segunda, la juzga, y a la tercera la traiciona.

La historia de este trio se va entrelazando como si de un mechón se tratará, buscando ese peculiar peinado. El de una hermosa trenza.

India, Italia y Canadá. Smita, Giulia y Sarah. Tres países. Tres mujeres. Tres vidas. Todas llenas de coraje, de anhelos y de luchas. De compromisos e ilusiones. De retos y aventuras. De éxitos y fracasos. De apegos y desapegos. De violencia y valentía. De amor y desilusiones.

Y conforme se avanza en la lectura, el lector se adentra a sus vidas y de una manera sutil la autora logra que estas tres mujeres tan distintas y lejanas coincidan en un infinito lleno de esa fuerza femenina que las caracteriza, donde podrán reír y continuar viviendo en ese mundo único que al fin lograron crear. El mundo al que pertenecemos. El mundo de justicia y esperanza. El mundo que todas tenemos derecho a habitar.

Laetitia Colombani. (Burdeos, Francia 1976). Ella es novelista, directora de cine, actriz y guionista. Como actriz estuvo en 16 películas y como directora concretó cinco producciones entre cortos y largometrajes. Sin embargo, es más conocida como escritora. Autora de *La Trenza*, (2017) con la que obtuvo el premio Relay, fue aclamada por la crítica vendiendo solo en Francia un millón de ejemplares.

En su segunda novela, *Las vencedoras*, reaparece el tema de la lucha contra la desigualdad y la discriminación. Actualmente, está trabajando en una novela que dará continuación a dos personajes del libro reseñado.

LA TRENZA LAETITIA COLOMBANI



narrativa
salamandra

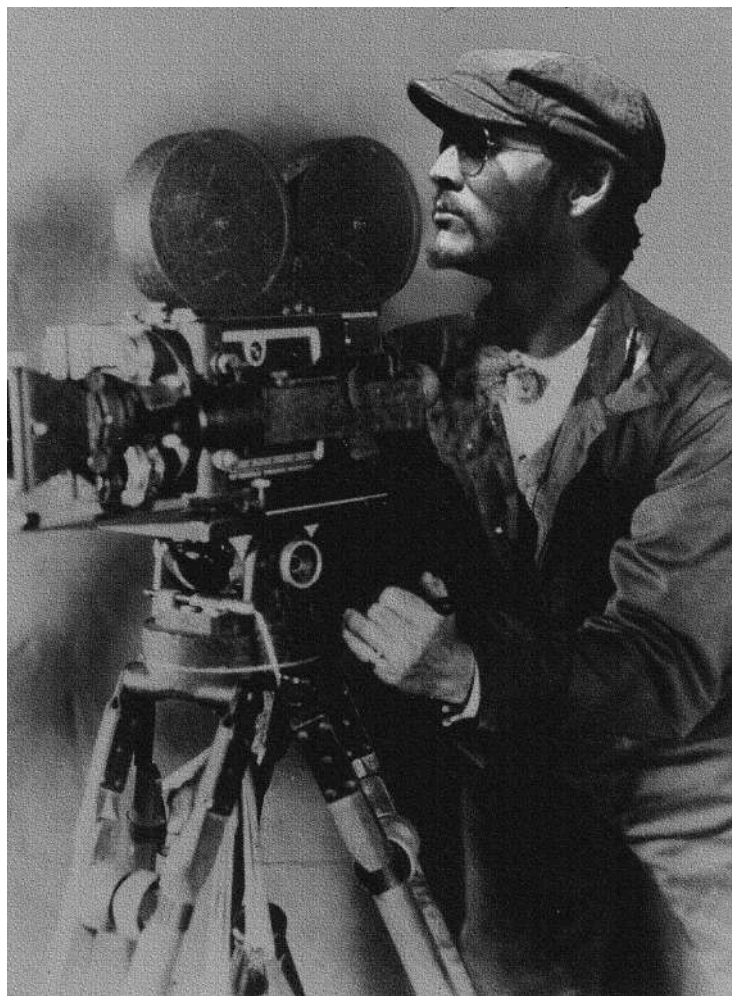
Marilú Ricalde Es una amante de las letras. Nacida en CDMX cursó la licenciatura en Contaduría Pública para darse cuenta más tarde que su verdadera profesión son las letras. Estudió en Casa Lamn y hoy sigue estudiando el oficio de escribir en varios talleres.

CELULOIDE EN LLAMAS

La sombra más allá de la razón

por Italo Ruas

A lo largo de la historia, el ser humano busca vencer a la oscuridad, esas tinieblas que nublan la comprensión de nosotros mismos, modificada a lo largo de nuestra visión generacional. En el siglo XXI, esa penumbra está ligada a la razón, la cual minimiza u olvida nuestra alma. En algunos relatos del folclore rumano, encontramos la figura de magos montados en dragones; la función de estos sabios era manipular el clima, a estos individuos se les llamaba Solomonari. El dragón es un símbolo ancestral descrito en mitos y leyendas de múltiples pueblos, su fuerza benéfica fue desplazada por el pensamiento cristiano, transformándolos en la representación del mal; esta conceptualización provocó una desconexión con el conocimiento de los rituales paganos, para comprender los ciclos para el cultivo. En la obra de Alberto Durero, "La mujer del Apocalipsis y el dragón de siete cabezas" de 1498, podemos observar a un dragón de siete testas, siete coronas y diez cuernos frente a una virgen alada. Este grabado nos presenta cómo la fuerza de la luz solar dirige a la naturaleza; pero en una lectura simple, dialogamos cómo las fuerzas del bien someten al mal. Es así como los Solomonari fueron convertidos en figuras que trabajan "para el demonio, quitándoles su posición como sabios que protegen y guían a sus pueblos. Dentro del mismo folclore rumano, según el libro "La tierra más allá de los bosques", de 1888, escrito por Emily Gerard (1849-1905), existe una presencia maligna llamada Nosferatu, una palabra desconocida, a la cual se le vincula a veces en su etimología con "nosóforos", que proviene del griego y su significado es "transmisor de enfermedades". La danza de la muerte fue parte de las mayores influencias del siglo XIV acerca de la peste negra, un terror común que devastó Europa,



un miedo a la muerte difícil de olvidar. De este modo, fue como Bram Stoker (1847-1912) extrae de la obra de Gerard esa peculiar palabra para presentar al Conde Drácula como una sombra que acecha a la vida y la corrompe.

El despertar de las tinieblas proviene de los deseos sexuales de una inocente, Ellen camina sonámbula hacia los jardines de su hogar. Acostada sobre la hierba, un íncubo la somete y sus pasiones hierven, hasta descubrir el dolor detrás del placer. Este es el prólogo de la película "Nosferatu" (2024) de Robert Eggers, en su adaptación busca acercarnos al enfrentamiento entre un pensamiento científico práctico, contra la visión tenebrosa pagana del pueblo. La oscuridad que acecha al hombre moderno es su ignorancia contra los males escondidos en las profundidades de los relatos sagrados, los cuales han sido convertidos en leyendas sin importancia alejados de la realidad. En esta adaptación, los rituales hacia esas divinidades de la naturaleza son concebidos como reverencias al demonio. Al minuto quince Knock,

interpretado por Simon McBurney, se encuentra sentado sobre una estrella de siete puntas con doce velas a su alrededor, la cámara parte de una visión horizontal, luego sube hasta quedar cenital sobre el personaje; es así como la puesta en escena tiene un peso sobre los deseos de invocar a las fuerzas de la oscuridad, y percibimos en la fotografía esos tonos cálidos en donde el hombre hace el pacto con su sangre. La estrella de siete puntas es un ícono del paganismo, vinculado a los siete planetas, las doce velas alrededor representan las constelaciones. Es el conjunto de la invocación junto con estos elementos sagrados, los que exhiben cómo la ignorancia invierte los significados reales y profundos de los ritos ancestrales. Dentro de la filmografía de Eggers es común encontrar todo este tipo de elementos escénicos, los cuales enriquecen la experiencia cinematográfica y expanden la conciencia del espectador. En la película “La Bruja” (2015), al minuto ochenta y seis, nos presenta un aquelarre en el bosque, en donde las brujas terminan elevándose alrededor del fuego. Otro ejemplo es el ritual vikingo que se presenta entre el chamán, el rey y su hijo, para la iniciación de éste en la obra “El hombre del norte” (2022). Es ahí donde su fotógrafo de cabecera Jarin Blaschke, ilustra por medio de sombras duras y contraluces el dramatismo de esos encuentros con la divinidad, siempre envueltos en la oscuridad. En los años veinte del siglo pasado, surge una corriente cinematográfica alemana denominada expresionismo, en la cual se ilustraba la derrota del hombre frente a la vida a causa de la posguerra, proveniente de la “Primera Guerra Mundial”. Es en esta época donde Friederich Wiene Murnau (1888-1931), concibe al Vampiro como una rata portadora de plagas, nombrándolo “Nosferatu”. En algunas composiciones aparece la sombra del Conde Orloc, la cual mueve como títeres de hilo a sus víctimas. En el cine expresionista, se aprovecha la geometría desproporcionada en los escenarios, sombras que provocan atmósferas lúgubres, para así, atrapar al ser humano en su demencia. El humano civilizado cree haber alcanzado la iluminación a través de sus alcances científicos, pero es incapaz de escapar a su destino. La muerte acecha en cada rincón del mundo y las enfermedades se convierten en la herramienta de la parca, para arrebatarle su grandeza a la humanidad; la mayor plaga del siglo fue la guerra promovida por la ambición, otra peste que consumió a las almas y las esclavizó.

Al minuto noventa y cinco de la adaptación “Nosferatu” de Robert Eggers, la peste consume a la ciudad, un hombre menciona que ha visto a la bestia con siete cabezas con coronas y diez cuernos, en cada cabeza un nombre blasfemo; esto hace la analogía con la sombra del Conde Orloc, que recubre toda ciudad al minuto ochenta. En la propuesta de Eggers, la tierra está oscurecida por su soberbia y avaricia, sólo el alma descrita en una figura femenina se entrega sin miedo a las tinieblas, para evocar así a la luz solar y trascender frente a la muerte.



Ítalo Mario Ruas Arias.

Director cinematográfico.

Dentro de sus múltiples actividades realizadas en el mundo de la cinematografía destacan:

Desde el año 2020 coproductor del proyecto “Telemática cultural”, para la difusión de la cultura, en México y países de habla hispana, cada semana transmiten conferencias virtuales sobre cuestiones de humanidades. De 2017 a 2020 implementó y dirigió un espacio cinematográfico y con alianza de la Cineteca Nacional y otras distribuidoras, realizó la curaduría cinematográfica de más de 200 películas, incluyendo el estreno de la película Roma y los cortometrajes del Festival de cine de Morelia.

Su cortometraje “Papalotl” participó en varios festivales de cine y fue selección nacional en Rusia por Green Vision XII International Environmental Film Festival 2017, dicho cortometraje obtuvo diversos galardones y mereció elogios en festivales de Portugal, México y España.

Desde hace catorce años es docente de distintas prestigiosas universidades, como la Universidad Anáhuac y otras. Durante varios años fue director de comunicaciones en el Centro Universitario CUIH, y para la casa productora Punto de Idea realizó diversas actividades como fotógrafo, camarógrafo, asistente de producción, y otros, para la producción de diversos videos.

Desde el 2005 es director de cine independiente y ha elaborado diversos videos comerciales y cortometrajes, entre los que destacan: Juego de rol, de Kieven Herrasti; El Payaso y Lindé, ambos de Mariana Gómez y ha asesorado diversos proyectos estudiantiles de cine en la Universidad Iberoamericana.

Finalmente es de mencionar que desde 2007 imparte cursos de apreciación cinematográfica, en los que se entablan diálogos con el público, que abarca la historia, estética, técnica y los discursos filosóficos de obras cinematográficas, así como el reconocimiento de los directores y su trascendencia en el medio.

Bill
Skarsgård

Nicholas
Hoult

Lily-Rose
Depp

Aaron
Taylor-Johnson

Emma
Corrin

Willem
Dafoc

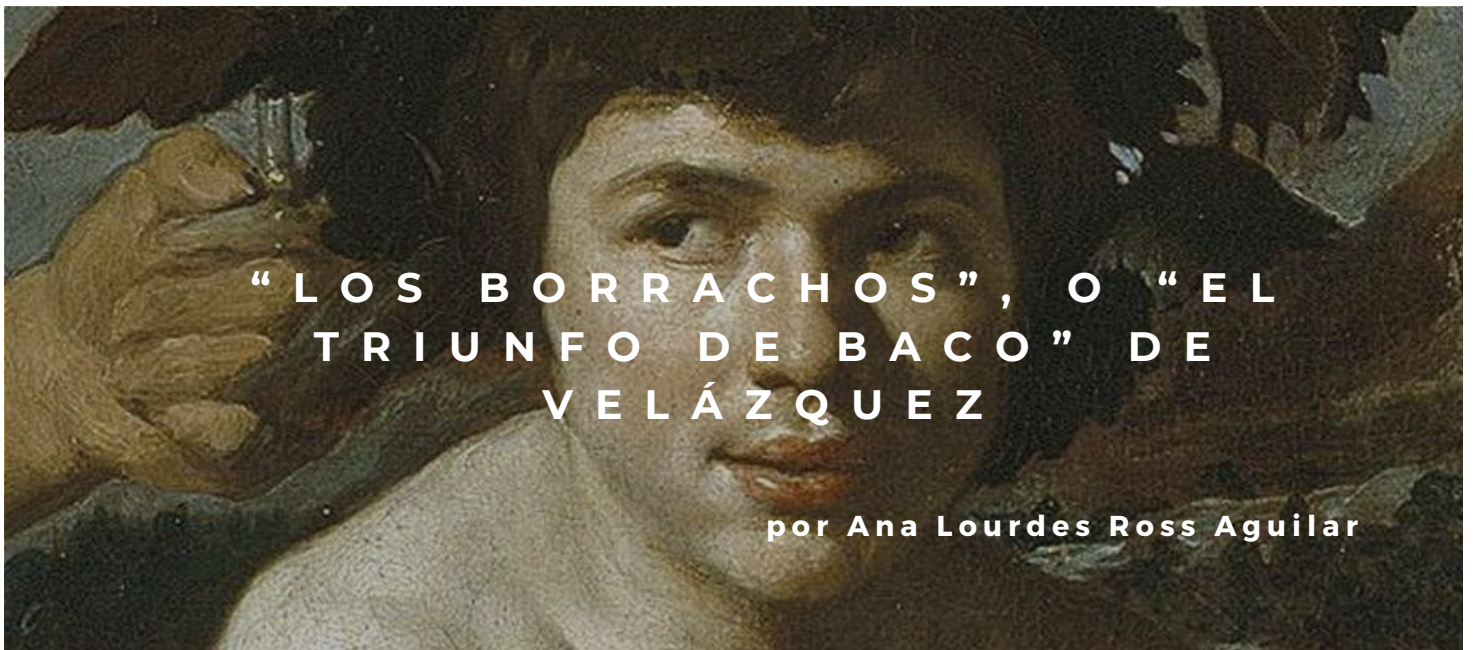
Escrita para la Pantalla y Dirigida por

Robert Eggers

nosferatu

Sólo en Cines





“LOS BORRACHOS”, O “EL TRIUNFO DE BACO” DE VELÁZQUEZ

por Ana Lourdes Ross Aguilar

En esta ocasión nos aproximaremos a una obra magistral de Diego Velázquez. Pintura de transición en temática y pincelada, como todas las obras del maestro sevillano es motivo de diversas interpretaciones. Sentado sobre un barril se encuentra un joven Baco, desnudo de la cintura hacia arriba, la luz le ilumina la piel más blanca que la de todos sus compañeros, acentuando sus mantos que en tonos lilas y blancos, cubren su cintura, caen entre sus piernas, llegan hasta el suelo. Coronado de hojas de vid, mira hacia un punto indefinido a su derecha, hacia nuestra izquierda de espectadores que solamente reconocemos en él un gesto un tanto pícaro, entre la atención y la distracción, mientras coloca una guirnalda sobre la cabeza de un joven humildemente postrado a sus pies.

Diego Velázquez elabora una pintura con tema mitológico, que en su madurez pictórica se convierte en un motivo para representar desnudos masculinos y el vínculo barroco con la ambigüedad de la escena, con un realismo mordaz en su representación de los rostros y los ropajes que singularizan a cada figura, pero con el acompañamiento de dos personajes del mundo clásico, como son el propio Baco y su acompañante, un sátiro semidesnudo que se encuentra recostado detrás de él, también coronado con lo que no parece ni hiedra ni vid. En su mano sostiene de la base, con equilibrio singular, una copa rebosante de alguna bebida espirituosa.

Elaborada entre 1628 y 1629, con este óleo sobre lienzo que mide 165 x 225 cm, Velázquez desarrolla varias situaciones muestra de su genialidad y maestría en el arte. El personaje mitológico contiene en sí el foco lumínico, pero la atención nos conduce del conjunto de adeptos a los beneficios baquianos, que asemejan a un grupo de asiduos habitantes de las tabernas de la época, a un personaje en particular. El hombre con sombrero un tanto echado hacia atrás, nos encara sonriente y muestra sus dientes desalineados, sostiene una escudilla llena de licor, y presenta tal felicidad, que pareciera que invita a participar de la fiesta. A su lado, un viejo le sujeta el hombro al adelantarse, mirarnos, aproximarse y también sonreír; después hay otro hombre de capa color pardo, él mira atento al dios mientras aproxima con cierta devoción, su vaso lleno de vino; y detrás de él, otro hombre recibe de nueva cuenta una luz más clara que equilibra la iluminación, levanta su rostro mientras parece abrazar su odre, para interactuar con un hombre cuyas facciones apenas están esbozadas, se encuentra de pie pues al parecer recién llega, y saluda al elevar su sombrero.

El joven hincado que recibe los honores, parece implicar una bienvenida que se le ofrece. Vestido completamente distinto a todos los presentes, lleva sobre su casaca un cinturón para portar la espada, en la cintura lleva sujeto a la espalda un puñal, viste sus greguescos hasta la rodilla, medias y zapatos de cuero. Su actitud es de quien recibe

un gran honor; inclinado, sujeta sus antebrazos mientras una corona de hiedra, que se confiere a los laureados por la poesía, le es colocada con delicadeza por Baco.

En la penumbra hay todavía otro personaje también coronado de hiedra, quien desde la esquina inferior izquierda observa la escena con un cesto entre las manos, donde muy probablemente se recolectan las uvas. Y de forma maravillosa, a los pies del dios y sobre la capa grisácea, se encuentran dos recipientes, uno de vidrio, volcado y del cual vemos la base, y una jarra de barro barnizado, ambos elementos conformados como un bodegón que demuestra el logro de ambas texturas con sus singulares reflejos lumínicos.

En esta obra se puede hacer una interpretación alegórica, pues la escena ocurre en el campo, a cielo abierto, como marco que da lugar a la composición en curvas, una forma de agrupar a los personajes; a la izquierda una vid, con sus ricos frutos y el hombre en la penumbra, contrastan en sombras con la escena baquiana y la brillante presencia del dios acompañado por un sátiro, que se contraponen en trabajo pictórico idealizado, con el realismo del grupo de hombres cuyas caras rojizas y avejentadas demuestran su condición de conspicuos bebedores, que se integran y celebran alegremente la vida, y nos atraen a compartir el ánimo de quien está siendo iniciado, pues la poesía recibe de Baco un impulso para la creación.

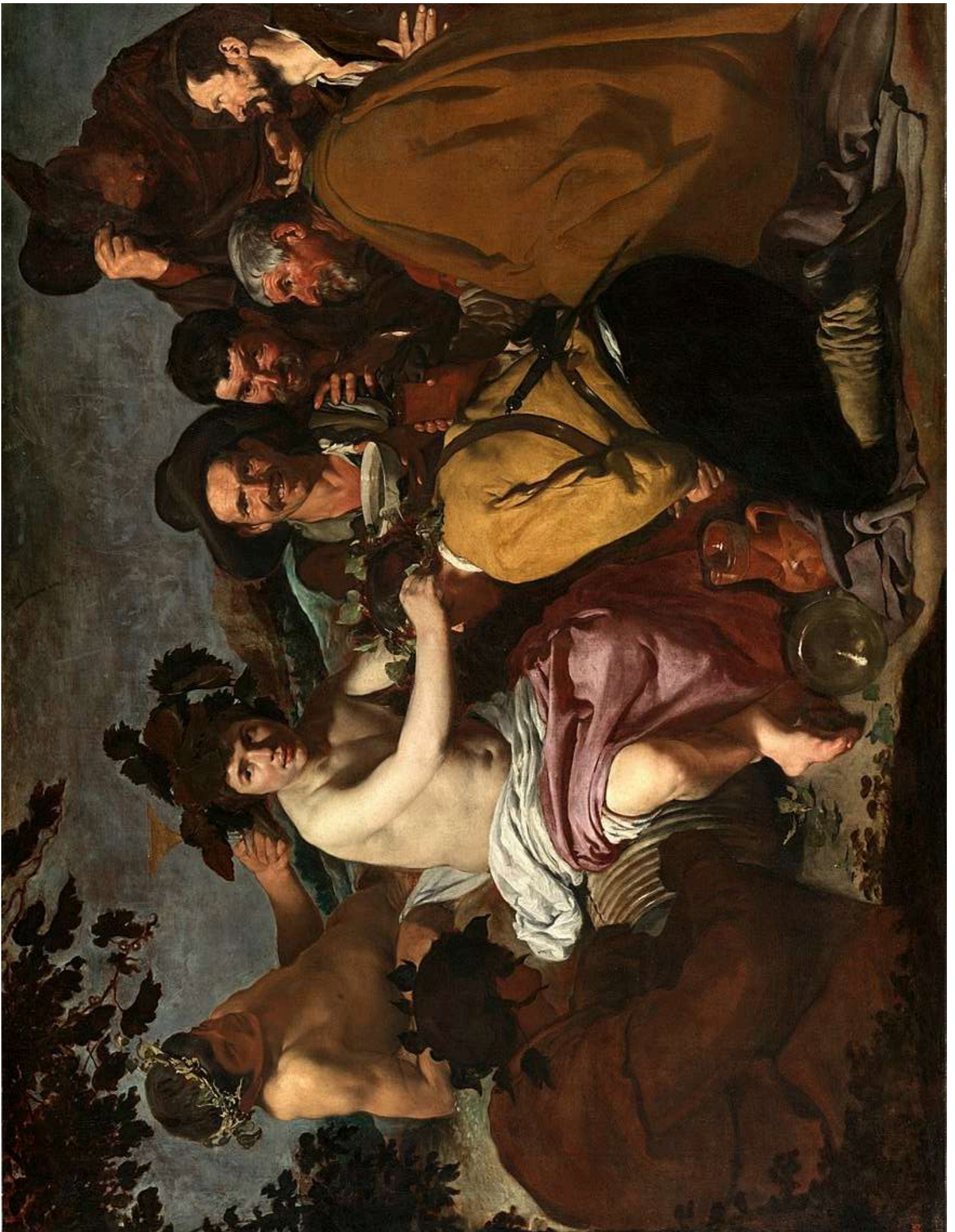
Ana Lourdes Ross Aguilar

Es licenciada en Ciencias Humanas en la Universidad del Claustro de Sor Juana, estudió las bases de dibujo y pintura para aproximarse más a fondo a la teoría y la crítica artística, a través del conocimiento de materiales, técnicas y elementos formales.

Cursó una maestría en Historia del arte en la UNAM, se dedicó a la docencia de arte, a dar conferencias y visitas guiadas por las rutas del centro histórico, a la enseñanza de la historia, a la investigación, a la coordinación y elaboración de los editoriales de un Boletín; se graduó posteriormente de la Maestría en Arte Contemporáneo en México y con estas bases diseñó, junto con una colega, un Museo Itinerante sobre el concepto del Arte Moderno y el Horror desde la perspectiva filosófica.

Durante ocho años llevó la Dirección Académica de un Centro Universitario, en el Estado de México y, finalmente, por su labor docente le fue concedido el Doctorado Honoris Causa por el Colegio Internacional de Profesionistas.

Cuenta con experiencia de más de 21 años como docente ante grupo en diplomados, licenciaturas y posgrados; actualmente se desempeña en la Universidad Virtual Anáhuac, con trayectoria de varios años, donde desarrolla y es docente en diplomados de teoría e historia del arte universal.



TACHES Y TACHONES

Estamos invitando a cuentistas, poetas, reseñistas, ensayistas, músicos, pintores, escultores, fotógrafos y anexos de la comunidad internacional, para que se incorporen a este esfuerzo, en el entendido de que conservarán sus derechos de autor y de que todas sus colaboraciones aparecerán con su nombre.

Si te interesa por favor ponte en contacto con nosotros o envíanos tus trabajos a la dirección tachesytachones@gmail.com donde con mucho gusto y respeto serán revisados por el comité editorial y de ser aprobados se publicarán en número subsecuentes.

Muchas gracias anticipadas por la atención que nos brindas.

WWW.TACHESYTACHONES.COM

REVISTA GRATUITA

Taches y tachones

Aviso de gratuidad.

Taches y tachones es una publicación de circulación gratuita, elaborada por un grupo de amigos con el único y exclusivo propósito de divulgar las letras y las artes, razón por la que no persigue fines de lucro y por ende carece y carecerá de ingresos, porque hasta los avisos comerciales son gratuitos; tampoco tiene erogaciones y los esporádicos gastos que lleguen a presentarse serán sufragados por los administradores de la revista, con cargo a su propio peculio.

www.tachesytachones.com